

Soy un hombre bastante mayor. La naturaleza de mis ocupaciones en los últimos treinta años me ha puesto en estrecho contacto con un gremio interesante y un tanto peculiar, del cual, hasta donde sé, nada se ha escrito todavía: me refiero a los copistas judiciales o escribientes. He conocido a muchísimos, profesional e íntimamente, y, si quisiera, podría narrar diversas historias que harían sonreír a los hombres bondadosos y llorar a las almas sentimentales. Pero renuncio a las biografías de todos los demás escribientes sólo por algunos pasajes de la vida de Bartleby, que era uno de ellos y el más extraño que yo haya visto o del que haya oído hablar. Mientras que de otros copistas podría escribir su vida entera, nada parecido puede hacerse con Bartleby. No existe material suficiente para una biografía completa y satisfactoria de este hombre. Es una pérdida irreparable para la literatura. Bartleby era uno de esos seres de quienes no puede asegurarse nada si no a partir de las fuentes

originales, y, en su caso, éstas son muy pocas. Todo lo que sé de *Bartleby* es lo que vieron mis atónitos ojos, excepto, claro, por un vago rumor que mencionaré al final.

Antes de presentar al escribiente, tal como lo conocí por primera vez, es conveniente que diga algo sobre mí, mis empleados, mis negocios, mi despacho y mi ambiente en general; una descripción de este tipo es indispensable para una adecuada comprensión del personaje principal que está a punto de aparecer. En primer lugar, soy un hombre que desde su juventud ha tenido la profunda convicción de que la vida sencilla es la mejor. Por eso, aunque pertenezco a una profesión proverbialmente enérgica y a veces estresante hasta la turbulencia, jamás he permitido que esos asuntos alteren mi tranquilidad. Soy uno de esos abogados sin ambiciones que nunca se dirigen a un jurado ni buscan suscitar el aplauso del público. En la serena tranquilidad de un cómodo retiro, realizo un cómodo trabajo entre bonos, hipotecas y títulos de propiedad de hombres ricos. Quienes me conocen me consideran un hombre eminentemente confiable. El difunto John Jacob Astor, un personaje poco dado al entusiasmo poético, no titubeaba en señalar que mi virtud principal era la prudencia y la segunda, el método. No es por vanidad, sino por registrar los hechos, si digo que mis servicios profesionales no eran despreciados por el difunto John Jacob Astor; un nombre que, tengo que admitirlo, me encanta repetir, porque tiene un sonido redondo y orbicular, y suena como

monedas de oro recién acuñadas. Añadiré con franqueza que yo no era indiferente a la buena opinión del difunto John Jacob Astor.

Poco antes del periodo en el que empieza esta pequeña historia, mis ocupaciones habían aumentado considerablemente. Se me había nombrado para ocupar el antiguo cargo, ahora desaparecido en el Estado de Nueva York, de Secretario de la Cancillería. No era un cargo difícil, pero sí muy bien remunerado. Raras veces pierdo la calma, y es más raro aún que caiga en indignaciones imprudentes ante injusticias y atropellos; pero permítaseme tener un arrebató aquí y declarar que considero la súbita y violenta disolución del cargo de Secretario de la Cancillería, por la nueva Constitución, como un acto prematuro, por decir lo menos; sobre todo si consideramos que yo había contado con disfrutar de sus ganancias de por vida, y sólo recibí las de algunos pocos años. Pero nada de esto viene al caso.

Mi despacho se encontraba en un piso del número... de Wall Street. Uno de sus lados daba a la pared blanca del interior de un espacioso tragaluz que recorría el edificio de arriba abajo. Esta vista podría haberse considerado más bien sosa, totalmente desprovista de eso que los paisajistas llaman "vida". Y aunque así fuera, la vista del otro lado de mi despacho ofrecía, por lo menos, un contraste. En esa dirección mis ventanas dominaban una vista limpia de una alta pared de ladrillos, ennegrecida por el tiempo y la sombra permanente; no se requería de un telescopio para descubrir

las bellezas ocultas de esta pared, ya que, para beneficio de todo espectador miope, se alzaba apenas a tres metros de los cristales de mi ventana. Debido a la gran altura de los edificios de los alrededores, y a que mi despacho se encontraba en el segundo piso, el espacio entre esta pared y la mía guardaba una semejanza no menor con una enorme cisterna cuadrada.

En la época justamente anterior a la llegada de *Bartleby*, tenía a dos personas empleadas como copistas, y a un chiquillo muy despierto como mandadero. El primero era Turkey; el segundo, Nippers; y el tercero, Ginger Nut. Pueden parecer nombres, estos tres, de esos que no se encuentran con frecuencia en el directorio telefónico. En realidad se trataba de apodos que mis tres empleados se habían puesto mutuamente, y que expresaban con propiedad sus respectivas personalidades. Turkey era un inglés bajo y choncho, más o menos de mi edad, es decir, no muy lejos de los sesenta. Por las mañanas, podría decirse, su cara tenía un estupendo color rosado, pero después de las doce del mediodía —su hora del almuerzo— resplandecía como una parrilla llena de brasas, y seguía resplandeciendo —pero con un declive gradual, por así decirlo— hasta las seis de la tarde aproximadamente, después de lo cual yo no veía más al dueño de ese rostro, que alcanzaba su punto más alto con el sol, parecía ponerse con él, salir de nuevo, culminar, y declinar al día siguiente, con idéntica regularidad e idéntico esplendor. A lo largo de mi vida he visto muchas coincidencias peculiares, entre las cuales no

fue la menor el hecho de que en el momento exacto en el que la cara roja y radiante de Turkey lanzaba sus rayos más intensos, justo entonces, en ese momento crucial, comenzaba el periodo del día en que sus capacidades laborales me parecían gravemente afectadas por el resto de la jornada. No digo que se mostrara absolutamente ocioso o reacio al trabajo; nada de eso. El problema era que se volvía demasiado enérgico. Había entonces una extraña, vehemente, exaltada, voluble precipitación en sus actos. Mojaba con descuido su pluma en el tintero. Todos sus manchones en mis documentos fueron hechos después de las doce del mediodía. Y no sólo era atarantado y penosamente dado a los manchones por las tardes, sino que algunos días iba más lejos y se volvía bastante ruidoso. En esas ocasiones, además, su cara ardía de una manera majestuosa, como carbón al rojo vivo. Hacía un ruido desagradable con la silla; derramaba la arena secante; al reparar sus plumas, con impaciencia las partía en pedazos, y en un arrebato las arrojaba al piso; se paraba y se inclinaba sobre su mesa, revolviendo todos sus papeles de la forma más indecorosa, algo muy triste de ver en un hombre mayor como él. Sin embargo, como por muchos motivos era una persona muy valiosa para mí y siempre antes de las doce del mediodía el ser más diligente y moderado, capaz de realizar una gran cantidad de tareas de manera inigualable; por estas razones, estaba dispuesto a pasar por alto sus excentricidades, aunque, de vez en cuando, me viera obligado a reprenderlo. Lo hacía, no obstante,

con bastante suavidad, porque aunque por las mañanas Turkey fuera el hombre más educado, apacible y respetuoso, por las tardes era propenso, ante la menor provocación, a responder de manera un tanto brusca, insolente, de hecho. Pues bien, como valoraba tanto sus servicios matutinos y estaba decidido a no perderlos; aunque, al mismo tiempo, sus airadas maneras después de las doce me hicieran sentir incómodo; y, como hombre de paz que soy, tan poco dispuesto a provocar con mis reprimendas respuestas impropias, resolví un sábado por la tarde (siempre se ponía peor los sábados por la tarde), sugerirle, de manera muy amable, que, tal vez, ahora que estaba envejeciendo, sería mejor reducir sus tareas; en pocas palabras, que no necesitaba venir al despacho después de las doce, sino, después del almuerzo, dirigirse a casa a descansar hasta la hora del té. Pero no, insistió en cumplir sus deberes vespertinos. Su rostro se volvió intolerablemente férvido, mientras me aseguraba con un tono oratorio —gesticulando con una gran regla desde el otro extremo de la habitación— que si sus servicios eran útiles por la mañana, ¿cómo entonces no iban a serlo por la tarde?

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey en esa ocasión—, me considero su mano derecha. Por las mañanas tan sólo reúno y despliego mis tropas, pero por las tardes me pongo al frente de ellas y cargo gallardamente contra el enemigo, ¡así! —y dio una violenta estocada con la regla.

—¿Y los manchones, Turkey? —le insinué.

—Es verdad, pero con todo respeto, señor, ¡observe mi cabello! Estoy envejeciendo. Seguramente, señor, un manchón o dos en una tarde calurosa no debe reprochársele con severidad a mis canas. La vejez —aun si deja manchones en la páginas— es algo digno. Con todo respeto, señor, *ambos* estamos envejeciendo.

Como apeló a mi empatía fue difícil resistirme. En todo caso, comprendí que él no se iría. Así que decidí permitir que se quedara, asegurándome, sin embargo, que durante la tarde se ocupara únicamente de mis documentos menos importantes.

Nippers, el segundo de mi lista, era un hombre de unos veinticinco años, con patillas, algo amarillento y, en general, con un marcado aire de pirata. Siempre lo consideré víctima de dos fuerzas malignas: la ambición y la indigestión. La ambición se manifestaba en una cierta impaciencia hacia las tareas de un simple copista, en una injustificable usurpación de asuntos de carácter estrictamente profesional, como la redacción original de documentos legales. La indigestión parecía advertirse en un ocasional malhumor y una mueca de irritabilidad, lo que hacía que los dientes le rechinaran de manera estruendosa cuando cometía errores al copiar; en maldiciones innecesarias, susurradas, en lugar de dichas, al calor del trabajo; y en especial en un continuo malestar con la altura de la mesa en la que trabajaba. A pesar de su gran habilidad en cuestiones mecánicas, Nippers nunca pudo acomodar esa mesa a su gusto. Le colocó astillas debajo, calzas de diversos tipos, pedazos de cartón,

y, por último, llegó al extremo de intentar un fino ajuste hecho de pedazos de papel secante doblado. Pero ningún invento funcionó. Si, con el fin de aliviar su espalda, inclinaba la tapa de la mesa hasta formar un ángulo agudo en dirección de su mentón, y escribía así como quien usa el empinado techo de una casa holandesa como escritorio, entonces declaraba que la circulación de sus brazos se detenía. Si bajaba la mesa al nivel de su cintura, y se inclinaba sobre ella para escribir, entonces sentía un agudo dolor en su espalda. En pocas palabras, la verdad es que Nippers no sabía lo que quería. O, si acaso quería algo, era deshacerse de su mesa de escribiente de una vez por todas. Entre las manifestaciones de su ambición enfermiza estaba su afición a recibir a ciertos tipos de pinta dudosa y abrigos raídos, a quien se refería como sus clientes. En realidad, yo estaba al tanto de que no solamente se involucraba, algunas veces, en la política local, sino que ocasionalmente hacía algún negocio en los juzgados, y no era desconocido en las inmediaciones de Las Tumbas.¹ Sin embargo, tengo buenas razones para creer que un individuo que lo visitó en mi despacho, y a quien, con aires de grandeza, Nippers insistía en llamarlo su cliente, no era más que un cobrador, y el supuesto título de propiedad, una

¹ *The Tombs*: apodo con el que se conocía al edificio que albergaba la cárcel y los tribunales de la Ciudad de Nueva York, construido en un estilo arquitectónico que remitía a los mausoleos y las pirámides del Antiguo Egipto.

factura. Pero a pesar de sus defectos, y de las molestias que me ocasionaba, Nippers, como su compatriota Turkey, me era de mucha utilidad; tenía una letra clara y rápida; y, cuando quería, podía comportarse como un caballero. Además, siempre iba vestido como un caballero, lo cual, indirectamente, le confería prestigio a mi despacho. Mientras que, con respecto a Turkey, me era muy difícil evitar que fuera una vergüenza para mí. Sus ropas solían verse aceitosas y oler a comida. Usaba sus pantalones muy flojos y anchos en el verano. Sus abrigos eran abominables y su sombrero no se podía ni tocar. Pero mientras el sombrero era algo que me resultaba indiferente, ya que su natural cortesía y deferencia, como buen inglés subordinado, lo llevaban a quitárselo al entrar en la habitación, su abrigo era otra cosa. Intenté razonar con él sobre sus abrigos, pero sin ningún resultado. Lo cierto era, supongo, que un hombre con un salario tan bajo no podía permitirse ostentar al mismo tiempo un abrigo tan lustroso como su cara. Como Nippers lo dijo alguna vez, el dinero de Turkey se iba principalmente en tinta roja. Un día de invierno le regalé a Turkey un abrigo de muy distinguida apariencia que me pertenecía, un abrigo gris, muy cómodo y caliente, y que se abotonaba desde la rodilla hasta el cuello. Creí que Turkey apreciaría el favor, y que moderaría su precipitación y sus estrépitos vespertinos. Pero no. Creo con sinceridad que enfundarse en un abrigo tan suave y tan semejante a una cobija tenía un efecto pernicioso en él; siguiendo el mismo principio de que

demasiada avena es mala para los caballos. De hecho, justamente como se dice que a un caballo impetuoso e inquieto se le nota la avena, a Turkey se le notaba el abrigo. Se volvió insolente. Era un hombre al que la prosperidad le hacía daño.

Aunque con respecto a los excesos de Turkey yo tenía mis propias conjeturas, en cuanto a Nippers estaba muy seguro de que cualesquiera que pudieran ser sus faltas en otros aspectos, él era, al menos, un joven moderado. Pero la naturaleza misma parecía haber sido su cantinero, y en su nacimiento haberlo dotado con un carácter tan irritable y tan alcoholizado, que toda libación posterior era innecesaria. Cuando reflexiono cómo, entre la quietud de mi despacho, Nippers en ocasiones se levantaba con impaciencia de su silla, e inclinándose sobre su mesa, extendía sus brazos para agarrar su escritorio entero, y moverlo y sacudirlo, haciéndolo chirriar horriblemente en el suelo, como si la mesa fuera un obstinado ser dotado de voluntad decidido a frustrarlo y vejarlo; entonces veo con claridad que para Nippers el alcohol era superfluo.

Era una suerte para mí que, debido a su causa peculiar —es decir, la indigestión— la irritabilidad y el consecuente nerviosismo de Nippers se notaran sobre todo por las mañanas, mientras que por las tardes era considerablemente apacible. Y como los paroxismos de Turkey sólo ocurrían alrededor de las doce, nunca tuve que lidiar con sus excentricidades a la vez. Los ataques de ambos se relevaban mutuamente como

guardias. Cuando era el turno del de Nippers, el de Turkey descansaba; y viceversa. Se trataba de un buen arreglo dadas las circunstancias.

Ginger Nut, el tercero de mi lista, era un chiquillo de unos doce años. Su padre era un cochero, deseoso de ver, antes de morir, a su a hijo en los tribunales y no manejando un carruaje. Así que lo envió a mi oficina como estudiante de derecho, mandadero, limpiador y barrendero, a razón de un dólar por semana. Tenía un pequeño escritorio para él solo, pero no lo usaba mucho. Al revisarlo, su cajón mostraba una gran colección de cáscaras de diversos tipos de nueces. Para este joven astuto, toda la noble ciencia del derecho estaba en una cáscara de nuez. Entre las ocupaciones de Ginger Nut no era la de menor importancia, además de cumplirla con gran prontitud, fungir como proveedor de pasteles y manzanas para Turkey y Nippers. Como copiar documentos legales es evidentemente una labor áspera y árida, a mis dos copistas les gustaba humedecerse la boca con frecuencia con manzanas, que se conseguían en los numerosos puestos cercanos a la Aduana y a la Oficina de Correos. También mandaban a Ginger Nut de manera frecuente por una galleta peculiar —pequeña, plana, redonda, y muy condimentada— de la que le venía su apodo. En una mañana fría, cuando el trabajo se hacía tedioso, Turkey podía engullirse docenas de estas galletas, como si fueran meras obleas —se vendían seis u ocho a razón de un penique— logrando que el rasguído de su pluma se mezclara con el crujido de las galletas

en su boca. La peor de todas las equivocaciones disparatadas vespertinas y de sus exaltaciones impetuosas fue aquella vez que humedeció con su boca una de esas galletas de jengibre y la estampó en un documento hipotecario como si de un sello se tratara. Estuve a punto de despedirlo en ese momento. Pero me ablandó con una reverencia oriental, y diciendo:

—Con todo respeto, señor, creo que ha sido un gesto generoso de mi parte suministrarle insumos de oficina que corren por mi cuenta.

Mis negocios originales —transferir propiedades, rastrear títulos, y redactar todo tipo de recónditos documentos— habían aumentado considerablemente al recibir el cargo de Secretario de la Cancillería. Ahora había mucho trabajo para los copistas. No solamente debía apremiar a mis empleados, sino que debía conseguir ayuda adicional. En respuesta a mi anuncio, una mañana un joven inmóvil se paró en el umbral de mi oficina; la puerta estaba abierta ya que era verano. Puedo ver su figura todavía: pálidamente pulcra, lastimosamente respetable, irremediablemente desamparada. Era *Bartleby*.

Después de unas cuantas palabras acerca de sus habilidades, lo contraté, feliz de tener entre mis filas de copistas a un hombre de un aspecto tan particularmente apagado, lo cual me hizo pensar que podía influir benéficamente en el carácter caprichoso de *Turkey* y en el fiero de *Nippers*.

Debí haber dicho antes que unas puertas corredizas de cristal esmerilado dividían mi oficina en dos

partes, una ocupada por los escribientes, y la otra por mí. Según mi humor, abría o cerraba estas puertas. Decidí asignarle a Bartleby un rincón junto a las puertas corredizas, pero de mi lado, con el fin de tener a la mano a este hombre tranquilo, en caso de que cualquier cosa menor se necesitara. Coloqué su escritorio cerca de una pequeña ventana lateral en esa parte de la habitación, una ventana que originalmente ofrecía a la vista algunos mugrosos patios traseros y muros de ladrillos, pero que, debido a construcciones posteriores, ya no tenía ninguna vista, aunque daba algo de luz. A un metro de los cristales de la ventana había una pared, y la luz bajaba desde muy arriba, entre dos altos edificios, como desde una abertura muy pequeña en una cúpula. Para conseguir una disposición aún más satisfactoria, conseguí un alto biombo verde, que aislaría por completo de mi vista a Bartleby, aunque no lo alejaría del alcance de mi voz. Y así, de cierta forma, lo público y lo privado eran uno.

Al principio, Bartleby escribió en cantidades extraordinarias. Como si durante mucho tiempo hubiera estado hambriento por copiar, parecía darse un festín con mis documentos. No hacía siquiera una pausa para la digestión. Trabajaba día y noche de corrido, copiando a la luz del día y a la luz de las velas. Yo me habría sentido muy contento con su dedicación si lo hubiera hecho con entusiasmo. Pero escribía en silencio, pálidamente, mecánicamente.

Una de las tareas indispensables de un escribiente, está claro, es verificar la precisión de su copia, palabra por palabra. Cuando hay dos o más escribientes en una oficina, se ayudan mutuamente en esta revisión: uno lee la copia mientras el otro sigue el original. Es un asunto bastante tedioso, cansino y letárgico. Puedo imaginarme muy bien que para algunos temperamentos sanguíneos sería completamente intolerable. Por ejemplo, no me imagino al valeroso poeta Byron sentándose de buena gana con Bartleby a revisar un documento legal de unas quinientas páginas, escritas con una letra apretada y abigarrada.

De vez en cuando, por culpa de las prisas, yo mismo solía ayudar a cotejar algún documento breve, llamando a Turkey o a Nippers con este fin. Una de las razones por las que puse a Bartleby tan a la mano detrás del biombo era valerme de sus servicios en estas ocasiones tan triviales. Fue en el tercer día, me parece, de su estancia conmigo, y antes de que siquiera fuera necesario revisar sus escritos, que, en el apuro de terminar un pequeño asunto que yo traía entre manos, llamé abruptamente a Bartleby. En mi apremio y expectativa normal de inmediata obediencia, me senté en mi escritorio con la cabeza inclinada sobre el original y con la copia en la mano derecha, estirada hacia un lado y de manera un tanto nerviosa, para que, al salir de su refugio, Bartleby pudiera tomarla y continuar con el trabajo sin la menor demora.

Justamente así estaba sentado cuando lo llamé, explicándole rápidamente lo que quería que hiciera —es decir, revisar un pequeño documento conmigo. Imaginen mi sorpresa, mejor dicho, mi consternación, cuando sin moverse de su privado, Bartleby, con una voz singularmente suave y firme, contestó:

—Preferiría no hacerlo.

Me quedé sentado por un rato en completo silencio, recuperando mis atónitas facultades. Inmediatamente se me ocurrió que mis oídos me habían engañado, o que Bartleby no había comprendido lo que yo quería decir. Repetí mi petición con el tono más claro del que yo era capaz. Pero con un tono igual de claro recibí la misma respuesta:

—Preferiría no hacerlo.

—Preferiría no hacerlo —repetí como en eco, levantándome bastante alterado, cruzando la habitación de una zancada—. ¿Qué quiere decir con eso? ¿Se ha vuelto loco? Quiero que me ayude a confrontar esta hoja, ¡tómela! —y se la aventé.

—Preferiría no hacerlo —dijo.

Lo miré fijamente. Su rostro lucía una tranquilidad demacrada; sus ojos grises, una vaga calma. Ni un gesto de agitación lo perturbaba. Si hubiera habido la menor incomodidad, enojo, impaciencia o impertinencia en sus actitudes; en otras palabras, si hubiera habido algo naturalmente humano en él, no habría dudado en echarlo violentamente de mis oficinas. Pero dadas las circunstancias, habría sido como echar a la calle a mi pálido busto de yeso de Cicerón. Me quedé

parado, contemplándolo por un rato, mientras él continuaba escribiendo, y entonces me senté de nuevo en mi escritorio. Esto es muy raro, pensé. ¿Qué haré? Pero mi trabajo me apremiaba. Decidí olvidar el asunto por el momento, reservándolo para mi tiempo libre. Así que le pedí a Nippers que viniera desde la otra habitación, y el documento se revisó rápidamente.

Pocos días después, Bartleby terminó cuatro extensos documentos: copias cuadruplicadas de una semana entera de testimonios dados ante mí en el Tribunal Superior de la Cancillería. Era necesario revisarlos. Se trataba de un juicio importante, y una gran precisión era imprescindible. Con todo listo, llamé a Turkey, Nippers y Ginger Nut, que se encontraban en la otra habitación, con el propósito de cada uno de mis empleados tuviera una de las cuatro copias mientras yo leía el original. Siguiendo mis instrucciones, Turkey, Nippers y Ginger Nut se habían sentado en fila, cada uno con su documento en mano, cuando llamé a Bartleby para que se uniera a este curioso grupo.

—¡Bartleby! Rápido, estoy esperando.

Oí el rechinar lento de las patas de su silla en el piso sin alfombra, y pronto apareció parado en la entrada de su ermita.

—¿Qué desea? —dijo con voz suave.

—Las copias, las copias —dije con prisa—. Vamos a revisarlas. Toma —y le acerqué la cuarta copia.

—Preferiría no hacerlo —dijo, y desapareció despacio detrás del biombo.

Por algunos momentos me convertí en una estatua de sal, colocado al frente de mi columna de escribientes sentados. Cuando volví en mí, avancé hacia el biombo, y le exigí el motivo de su conducta tan extraordinaria.

—¿*Por qué* se niega?

—Preferiría no hacerlo.

Con cualquier otro hombre, me habría dejado llevar por una ira espantosa, desdeñando cualquier explicación, y lo habría echado ignominiosamente de mi vista. Pero había algo en Bartleby que no sólo me desarmaba extrañamente, sino que además me conmovía y me desconcertaba de una manera asombrosa. Comencé a razonar con él.

—Son sus propias copias las que estamos a punto de examinar. Estamos ahorrándole el trabajo, porque una sola revisión bastará para los cuatro documentos. Es la costumbre. Todo copista está obligado a ayudar a revisar su copia. ¿No es así? ¿No hablará? ¡Conteste!

—Preferiría no hacerlo —contestó con una voz de flauta. Me daba la impresión de que mientras le hablaba, él meditaba cuidadosamente cada uno de mis enunciados; comprendía cabalmente el significado; no podía negar las inevitables conclusiones; pero que, al mismo tiempo, alguna consideración superior prevalecía para que contestara de ese modo.

—¿Está decidido, entonces, a no cumplir con mi petición, una petición hecha según la costumbre y el sentido común?

Me dio a entender brevemente que en ese punto mi juicio era certero. Sí, su decisión era irrevocable.

No es raro que cuando a un hombre lo contradicen de una forma insólita y violentamente irracional, sus convicciones más simples empiecen a tambalearse. Comienza a sospechar vagamente, por así decirlo, que, por extraordinario que parezca, toda la razón y la justicia están de parte del otro. Si así ocurre, y si algunas personas desinteresadas están presentes, este hombre acude a ellas en busca de apoyo para su mente titubeante.

—Turkey —dije yo—, ¿qué piensa usted de esto? ¿No tengo razón?

—Con todo respeto, señor —dijo Turkey, con su voz más suave—, creo que sí la tiene.

—Nippers —dije—, ¿qué piensa *usted* de esto?

—Creo que yo mismo debería echarlo a patadas de la oficina.

(El buen lector notará aquí que, como era de mañana, la respuesta de Turkey está formulada en términos corteses y tranquilos, pero Nippers contesta en términos malhumorados. O, para repetir una oración anterior, el horrible humor de Nippers estaba de guardia y el de Turkey descansaba).

—Ginger Nut —dije yo, dispuesto a obtener a mi favor hasta el más pequeño de los votos—, ¿qué piensas *tú* de esto?

—Yo creo, señor, que éste está un poco chiflado —contestó Ginger Nut con una gran sonrisa.

—Ya oyó lo que piensan —le dije, volteándome hacia el biombo—, venga aquí a hacer su trabajo.

Pero no concedió respuesta alguna. Reflexioné por un momento, en un estado de gran perplejidad. Pero, de nuevo, el trabajo me apremiaba. Decidí otra vez posponer la consideración de este dilema para mi tiempo libre. Con algo de dificultad nos las arreglamos para examinar los documentos sin Bartleby, a pesar de que a cada una o dos páginas Turkey opinaba respetuosamente que este procedimiento era muy poco ortodoxo; mientras que Nippers, retorciéndose en su silla con un nerviosismo dispéptico, de vez en cuando machacaba entre sus dientes apretados maldiciones susurradas contra el imbécil testarudo detrás del biombo. Y por su parte (la de Nippers), ésta era la primera y última vez que haría el trabajo de otro sin paga.

Mientras tanto, Bartleby permanecía sentado en su ermita, ajeno a todo lo que no fuera su propia tarea.

Algunos días pasaron en los que el escribiente se ocupaba de otro trabajo extenso. Su reciente conducta insólita me llevó a vigilar sus movimientos de cerca. Observé que nunca iba a almorzar; de hecho nunca iba a ninguna parte. Hasta ese momento, que yo supiera, nunca había salido de la oficina. Era un centinela perpetuo en su rincón. Sin embargo, empecé a notar que, alrededor de las once en punto de la mañana, Ginger Nut caminaba hacia la abertura del biombo de Bartleby, como si una seña silenciosa, invisible para mí desde mi asiento, lo atrajera hasta ahí. Entonces el muchacho salía de la oficina, haciendo

sonar unos pocos peniques, y reaparecía con un puñado de galletas de jengibre que entregaba en la ermita, y recibía dos de ellas por su servicio.

Así que vive de galletas de jengibre, pensé; nunca almuerza en forma; quizá sea vegetariano, entonces; pero no; ni siquiera come verduras, no come nada más que galletas de jengibre. Mi mente se perdió en divagaciones sobre los probables efectos en la constitución humana ocasionados por vivir exclusivamente a base de galletas de jengibre. Las galletas de jengibre reciben este nombre porque el jengibre es uno de sus ingredientes principales, el que les da su sabor final. Ahora bien, ¿qué cosa es el jengibre? Algo picante y condimentado. ¿Era Bartleby picante y condimentado? Para nada. Por lo tanto, el jengibre no tenía efecto alguno sobre Bartleby. Probablemente, él prefería que no lo tuviera.

Nada exaspera tanto a una persona seria como una resistencia pasiva. Si el individuo resistido no posee un carácter inhumano, y la pasividad del resistente es totalmente inofensiva; entonces, el primero, en la mejor disposición, caritativamente intentará interpretar con ayuda de su imaginación lo que le resulta imposible de comprender con su juicio. Era así como, la mayor parte del tiempo, veía a Bartleby y su forma de ser. ¡Pobre hombre!, pensé, sus intenciones no son malas; es obvio que no quiere ser insolente; su aspecto es evidencia suficiente de que sus excentricidades son involuntarias. Es una persona útil. Puedo llevarme bien con él. Si lo despidió, probablemente caerá con un

jefe menos indulgente, y lo tratarán de mala manera, y quizá lo empujen miserablemente a morir de hambre. Sí. Puedo comprarme por muy poco una deliciosa satisfacción. Ser amigo de Bartleby, consentir su extraña terquedad, me costará poco o nada, y así guardaré en mi alma lo que eventualmente será un dulce bocado para mi conciencia. Pero mi postura no siempre era la misma. La pasividad de Bartleby a veces me irritaba. Me sentía extrañamente incitado a enfrentarme con él en un nuevo desacuerdo, a provocarle algún chispazo de enojo que correspondiera al mío. Pero claro que habría sido lo mismo haber intentado hacer fuego golpeando mis nudillos contra un pedazo de jabón. Pero una tarde ese impulso maligno me dominó, y tuvo lugar la siguiente escena:

—Bartleby —le dije—, cuando termine de copiar esos documentos, los confrontaré con usted.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Cómo? No pretenderá usted persistir en esa terca manía, ¿verdad?

No hubo respuesta.

Abrí de par en par las puertas corredizas, y, dirigiéndome hacia Turkey y Nippers, exclamé:

—Bartleby dice por segunda vez que no revisará sus documentos. ¿Qué piensa usted de eso, Turkey?

Tómese en cuenta que era de tarde. Turkey, que estaba sentado, resplandecía como una caldera de latón, su calva echaba humo, sus manos se movían agitadamente entre sus documentos manchados.

—¿Que qué pienso? —rugió Turkey—. ¡Pienso que voy a entrar a ese biombo a ponerle los ojos morados!

Y diciendo aquello, Turkey se levantó y alzó sus brazos en posición pugilística. Se apresuraba a cumplir su promesa cuando lo detuve, alarmado por haber provocado imprudentemente la belicosidad de Turkey después del almuerzo.

—Siéntese, Turkey —le dije—, y escuche lo que Nippers tiene que decir. ¿Qué piensa usted de esto, Nippers? ¿No estaría justificado despedir inmediatamente a Bartleby?

—Discúlpeme, eso tiene que decidirlo usted, señor. Yo creo que su comportamiento es bastante extraño, y ciertamente injusto para Turkey y para mí. Pero tal vez sea sólo un capricho pasajero.

—¡Ah! —exclamé—, ¡así que extrañamente ha cambiado de parecer! Ahora usted habla de él con mucha consideración.

—Es la cerveza —gritó Turkey—, esa consideración es efecto de la cerveza. Nippers y yo almorzamos juntos hoy. Mire qué considerado soy *yo*, señor. ¿Me permite ir a ponerle los ojos morados?

—Se refiere usted a los ojos de Bartleby, supongo. No, hoy no, Turkey —le contesté—; por favor, baje esos puños.

Cerré las puertas, y de nuevo me dirigí hacia Bartleby. Sentí que tenía incentivos adicionales para tentar mi suerte. Ardía en deseos de verlo rebelarse en mi contra de nuevo. Recordé que Bartleby nunca salía de la oficina.

—Bartleby, —le dije—, Ginger Nut ha salido. Vaya a la Oficina de Correos, por favor —quedaba a tres minutos a pie—, y vea si hay algo para mí.

—Preferiría no hacerlo.

—¿No *quiere* hacerlo?

—*Prefiero* no hacerlo.

Me tambaleé hasta mi escritorio, y me senté a reflexionar profundamente. Mi ciega obstinación volvió. ¿Había alguna cosa más en la que pudiera ser ignominiosamente rechazado por este tipo escuálido y pobretón, mi propio empleado? ¿Qué otra cosa, perfectamente razonable, puede haber que con seguridad se niegue a hacer?

—¡Bartleby!

No hubo respuesta.

—Bartleby —en un tono más alto.

No hubo respuesta.

—¡Bartleby! —esta vez rugiendo.

Como un mismísimo fantasma, acorde a las leyes de la invocación mágica, a la tercera llamada apareció a la entrada de su ermita.

—Vaya a la otra habitación, y dígame a Nippers que venga.

—Prefiero no hacerlo —dijo respetuosamente y muy despacio, y desapareció apaciblemente.

—Muy bien, Bartleby —dije en un tono tranquilo, como con una serenidad severa y dominio de mí mismo, insinuando el propósito inalterable de un terrible castigo inminente. En ese momento, medio tenía la intención de cumplirlo. Pero, considerándolo

bien, como se acercaba la hora de mi almuerzo, pensé que sería mejor ponerme el sombrero, caminar a casa y no volver, ya que me sentía afectado por mi perplejidad y mi angustia.

¿Tengo que admitirlo? La conclusión de todo este asunto fue que pronto se volvió un hecho conocido que en mi despacho un escribiente joven y pálido, llamado Bartleby, y que tenía un escritorio ahí, hacía copias para mí por la tarifa normal de cuatro centavos por hoja (de cien palabras), pero que estaba permanentemente exento de revisar su propio trabajo, deber que se le transfería a Turkey y a Nippers, como un halago, sin duda, a la mayor agudeza de estos dos; además, al susodicho Bartleby nunca se le debía mandar, bajo ninguna circunstancia, a cumplir el más trivial de los encargos de cualquier tipo; e incluso si se le rogaba que se encargara de hacerlo, se sabía de antemano que él “preferiría no hacerlo”; en otras palabras, que se negaría rotundamente.

Con el paso de los días, me reconcilié considerablemente con Bartleby. Su constancia, su ausencia de todo vicio, su incesante laboriosidad (salvo cuando, de pie, se dejaba caer en ensoñaciones detrás de su biombo), su extraordinaria quietud, su inalterable conducta en cualquier circunstancia, lo convertían en una valiosa adquisición. Algo fundamental era que *siempre estaba ahí*: el primero en la mañana, ininterrumpidamente durante el día, y el último en la noche. Yo tenía una confianza particular en su honestidad. Sentía que mis documentos más preciados

estaban perfectamente a salvo en sus manos. A veces, es verdad, por más que quisiera no podía evitar caer en repentinos y espasmódicos arranques de ira contra él. Porque era excesivamente difícil tener presentes todo el tiempo esas extrañas peculiaridades, privilegios, e insólitas excepciones, que formaban las tácitas condiciones que mantenían a Bartleby en mi oficina. De vez en cuando, presionado por despachar asuntos urgentes, distraídamente llamaba a Bartleby, con un tono breve y rápido, para que, digamos, pusiera su dedo en el incipiente nudo de un pedazo de listón rojo con el que estaba a punto de atar unos documentos. Por supuesto, era seguro que la respuesta habitual, “preferiría no hacerlo”, se escucharía detrás del biombo; y entonces, ¿cómo podría un ser humano, con las flaquezas propias de nuestra naturaleza, abstenerse de exclamar con amargura ante semejante perversidad, semejante sinrazón? Sin embargo, cada nuevo rechazo de este tipo tendía a disminuir las probabilidades de que mis descuidos se repitieran.

Debo decir en este punto que, según la costumbre de la mayoría de los hombres de leyes con despachos en edificios densamente poblados, había varias llaves de mi puerta. Una la guardaba una mujer que vivía en el ático, quien lavaba el piso una vez por semana y barría y sacudía diariamente mi oficina. Otra la guardaba Turkey por comodidad. La tercera a veces la llevaba yo en mi bolsillo. La cuarta no sabía quién la tenía.

Pues bien, un domingo por la mañana casualmente me dirigí a la iglesia de la Trinidad para escuchar a un famoso predicador, y como había llegado con bastante anticipación, se me ocurrió pasar a mi despacho un momento. Por suerte llevaba mi llave conmigo; pero al ponerla en la cerradura, descubrí que algo insertado desde el interior le oponía resistencia. Bastante sorprendido, toqué a la puerta; para mi consternación, una llave giró por dentro; y asomando su delgada cara por la puerta entreabierta, como un fantasma apareció Bartleby, en mangas de camisa, y además en una bata extrañamente andrajosa, diciendo en voz baja que lo lamentaba, pero que estaba muy ocupado, y prefería no dejarme entrar en ese momento. Añadió además, en dos o tres breves palabras, que tal vez lo mejor sería que yo diera dos o tres vueltas a la manzana, y que para entonces probablemente él ya habría terminado sus asuntos.

La totalmente insospechada aparición de Bartleby, como inquilino de mi despacho un domingo por la mañana, con su cadavérica despreocupación caballeresca, y sin embargo firme y seguro de sí mismo, me produjo un efecto tan extraño que precipitadamente me escabullí de mi propia puerta, e hice lo que me pidió. Pero no sin varias punzadas de impotente rebeldía contra la mansa desfachatez de este incomprensible escribiente. En efecto, era principalmente su extraordinaria mansedumbre la que no sólo me desarmaba, sino que me acobardaba, por así decirlo. Pues considero que es una especie de cobarde momentáneo quien

tranquilamente permite que su empleado le dé órdenes y lo eche de sus propios dominios. Además, me inquietaba muchísimo lo que Bartleby pudiera estar haciendo en mi oficina en mangas de camisa, en una condición por lo demás desarropada un domingo por la mañana. ¿Estaría ocurriendo algo indebido? No, eso estaba fuera de duda. No se podía pensar ni por un momento que Bartleby fuera una persona inmoral. ¿Pero qué podía estar haciendo ahí? ¿Copiando? No, eso tampoco, por muy excéntrico que fuera, Bartleby era una persona eminentemente decorosa. Sería la última persona en sentarse en su escritorio en cualquier estado cercano a la desnudez. Además, era domingo, y había algo en Bartleby que impedía suponer que violaría las costumbres del día por alguna ocupación mundana.

Sin embargo, mi mente no estaba tranquila; y lleno de una inquieta curiosidad, por fin regresé a la puerta. Introduje la llave sin impedimentos, abrí la puerta, y entré. Bartleby no estaba a la vista. Busqué ansiosamente alrededor, me asomé detrás de su biombo; pero estaba claro que se había ido. Al examinar más de cerca el lugar, supuse que por un periodo indefinido Bartleby debía de haber comido, haberse vestido, y haber dormido en mi oficina, y eso además sin un plato, espejo o cama. El asiento acolchonado de un viejo sofá desvencijado en un rincón mostraba la tenue huella de una flaca figura recostada. Enrollada bajo su escritorio, encontré una cobija; bajo la rejilla vacía, grasa para zapatos y un cepillo; en una silla, una palangana

de latón con jabón y una toalla andrajosa; en un periódico unas cuantas migajas de galletas de jengibre y un pedacito de queso. Sí, pensé, es bastante evidente que Bartleby ha estado viviendo aquí, un departamento de soltero para él solo. Inmediatamente me asaltó un pensamiento: ¡qué miserable abandono y soledad se revelan aquí! Su pobreza es grande, pero su soledad, ¡qué terrible! Piénsenlo. En domingo, Wall Street está tan poblado como las ruinas de Petra; y todas las noches de todos los días es un desierto. El edificio mismo, que entre semana bulle de actividad y de vida, al anochecer retumba de puro vacío, y durante todo el domingo está desolado. Y aquí es donde Bartleby hace su hogar; único espectador de una soledad que él ha visto toda poblada, ¡como una especie de Mario inocente y cambiado, meditando entre las ruinas de Cartago!

Por primera vez en mi vida, un sentimiento de abrumadora y punzante melancolía se apoderó de mí. Hasta ese momento, no había experimentado más que tristezas no del todo desagradables. Ahora el vínculo de una humanidad que nos unía me arrastraba irresistiblemente hacia la pesadumbre. ¡Una melancolía fraternal! Porque, después de todo, ambos éramos hijos de Adán. Recordé las sedas brillantes y los rostros alegres que había visto ese día, engalanados, navegando como cisnes por el Mississippi de Broadway; y los comparé con el pálido copista, y me dije: ah, la felicidad busca la luz, por eso juzgamos que el mundo es alegre; pero el sufrimiento se oculta en la lejanía,

por eso juzgamos que no existe. Estas tristes fantasías —quimeras, sin duda, de un cerebro enfermo y tonto— me llevaron hacia otros pensamientos más particulares sobre las excentricidades de Bartleby. Presentimientos de extraños hallazgos se cernieron sobre mí. La pálida figura del escribiente se me aparecía tendida, entre extraños indiferentes, envuelta en su escalofriante mortaja.

De pronto, me atrajo el escritorio cerrado de Bartleby, con la llave a la vista puesta en la cerradura.

Mis intenciones no son malas, no busco satisfacer ninguna curiosidad desalmada, pensé; además, el escritorio es mío, y su contenido también, así que me atreveré a mirar dentro. Todo estaba metódicamente ordenado, los documentos delicadamente acomodados. Los cajones eran profundos, y quitando los legajos de papeles, busqué a tientas hasta el fondo. Pronto sentí que tocaba algo, y lo saqué. Era un viejo paliacate, pesado y con nudos. Lo abrí, y vi que era una caja de ahorros.

Entonces recordé todos los discretos misterios que había notado en aquel hombre. Recordé que nunca hablaba más que para contestar; que, a pesar de que a ratos tenía bastante tiempo para sí mismo, nunca lo había visto leer, no, ni siquiera el periódico; que por largos periodos se quedaba mirando, por la pálida ventana detrás de su biombo, hacia el muro ciego de ladrillos; yo estaba seguro de que nunca visitaba ningún comedor ni restaurante; y su pálido rostro indicaba claramente que nunca bebía cerveza como

Turkey, ni siquiera té o café como las demás personas; que nunca salía a ningún lugar, que yo supiera; que nunca iba a dar un paseo, excepto, claro, en aquel momento; que se había negado a decir quién era, o de dónde venía, o si tenía algún pariente en el mundo; que, a pesar de ser tan delgado y pálido, jamás se había quejado de tener mala salud. Y, sobre todo, recordé un cierto aire inconsciente de descolorida —¿cómo llamarla?—, de descolorida altivez, digamos, o más bien una austera reserva en él, que me había intimidado positivamente hasta condescender mansamente con sus excentricidades, cada vez que había temido pedirle que me hiciera el más mínimo favor, aunque yo supiera, por su prolongada inmovilidad, que debía estar detrás de su biombo, sumido en una de esas ensoñaciones suyas de muro ciego.

Meditando sobre estas cosas, y asociándolas al reciente descubrimiento de que había convertido mi oficina en su domicilio permanente y en su hogar, sin olvidar su enfermiza tristeza; meditando sobre estas cosas, un sentimiento de prudencia comenzó a invadirme. Mis primeras emociones habían sido de pura melancolía y compasión sincera; pero a medida que el desamparo de Bartleby crecía más y más en mi imaginación, esa misma melancolía se fundía con el miedo; esa compasión, con la repulsión. Es muy cierto, y a la vez terrible, que hasta cierto punto la idea o la vista de la miseria despierta nuestros mejores sentimientos; pero, en ciertos casos especiales, pasado ese punto ya no sucede así. Se equivocan quienes

afirman que esto se debe invariablemente al egoísmo inherente del corazón humano. Más bien proviene de una cierta desesperanza de remediar un mal excesivo y orgánico. Para un ser sensible, la compasión no rara vez significa dolor. Y cuando al fin se percibe que esa compasión no conduce a un auxilio efectivo, el sentido común le ordena al alma que se deshaga de ella. Lo que vi esa mañana me persuadió de que el escribiente era víctima de un trastorno innato e incurable. Podía darle limosnas a su cuerpo; pero no era el cuerpo lo que le dolía; era su alma la que sufría, y yo no podía alcanzarla.

No cumplí mi propósito de ir a la iglesia de la Trinidad esa mañana. De alguna manera, las cosas que había visto me incapacitaban de momento para ir a la iglesia. Caminé hacia casa, pensando lo que haría con Bartleby. Finalmente, esto fue lo que decidí: le haría ciertas preguntas tranquilas a la mañana siguiente, acerca de su historia, etcétera, y si se negaba a contestar abiertamente y sin reservas (y suponía que él preferiría no hacerlo), entonces le daría un billete de veinte dólares, más de lo que pudiera deberle, y le diría que sus servicios ya no eran necesarios; pero que si podía ayudarlo de alguna otra manera, lo haría con gusto, especialmente si deseaba volver a su lugar de origen, dondequiera que fuera, ayudaría de buena gana a costear los gastos. Además, si al llegar a casa, alguna vez necesitaba ayuda, una carta suya recibiría una respuesta segura.

La mañana siguiente llegó.

—Bartleby —le dije, llamándolo amablemente desde el otro lado del biombo.

No hubo respuesta.

—Bartleby —le dije, en un tono aún amable—, venga; no voy a pedirle que haga nada que usted preferiría no hacer. Sólo quiero hablar con usted.

Luego de esto, silenciosamente se apareció.

—¿Quiere decirme usted, Bartleby, dónde nació?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Quiere contarme *lo que sea* sobre usted?

—Preferiría no hacerlo.

—¿Pero qué objeción razonable puede tener usted para no hablar conmigo? Le estoy ofreciendo mi amistad.

Él no me miró mientras yo hablaba, sino que mantuvo la mirada fija en el busto de Cicerón que, tal como yo estaba sentado entonces, se encontraba justamente detrás de mí, a unos quince centímetros sobre mi cabeza.

—¿Cuál es su respuesta, Bartleby? —le dije, después de esperar por un buen tiempo, durante el cual su rostro permaneció inmóvil, excepto por un temblor apenas visible de su pálida boca.

—Por ahora, prefiero no responder —dijo, y se retiró a su ermita.

Fui bastante débil, lo confieso, pero su actitud en esta ocasión me molestó. No sólo parecía ocultarse en ella cierto desdén tranquilo, sino que su obstinación parecía ingrata, considerando el buen trato y la indulgencia innegables que había recibido de mi parte.

Me senté de nuevo a rumiar lo que debería hacer. A pesar de que me mortificara su comportamiento, a pesar de que estuviera resuelto a despedirlo cuando entré a mis oficinas, un sentimiento supersticioso extrañamente latía con fuerza en mi corazón, y me impedía cumplir mi propósito, y me acusaba de villano si me atrevía a pronunciar siquiera una sola palabra amarga contra el más desamparado de los hombres. Finalmente, llevando mi silla con familiaridad detrás de su biombo, me senté y le dije:

—Bartleby, olvídense de contar su historia si no quiere; pero permítame suplicarle, como amigo, que siga en lo posible las costumbres de esta oficina. Dígame que mañana o pasado me ayudará a revisar documentos; en resumen, dígame que en uno o dos días comenzará a ser un poco razonable. Dígalo, Bartleby.

—Por ahora, preferiría no ser un poco razonable —fue su respuesta apaciblemente cadavérica.

Justo en ese momento las puertas corredizas se abrieron, y Nippers se acercó. Parecía haber tenido una noche atípicamente mala, provocada por una indigestión más severa de lo normal. Alcanzó a oír las últimas palabras de Bartleby.

—*Prefiere no hacerlo, ¿no?* — gruñó Nippers—. Yo sí que lo *preferiría* a él si fuera usted, señor —dirigiéndose a mí—, yo sí que lo *preferiría*; ¡yo sí que le daría sus *preferencias* a esta terca mula! ¿Qué es, señor, si se puede saber, lo que *prefiere* no hacer ahora?

Bartleby no movió ni un dedo.

—Señor Nippers —le dije—, preferiría que se retirara usted por el momento.

De alguna manera, últimamente había empezado a utilizar involuntariamente la palabra “preferir” en todo tipo de ocasiones no del todo apropiadas. Y me estremecía de sólo pensar que mi contacto con el escribiente ya hubiera afectado seriamente mi estado mental. ¿Qué otra y más grave aberración podría llegar a producirme? Esta aprensión no había tenido poco peso en mi determinación de emplear medidas inmediatas.

Mientras Nippers, muy resentido y malhumorado, se retiraba, Turkey se acercó con afabilidad y deferencia.

—Con todo respeto, señor —dijo—, ayer estaba pensando acerca de Bartleby, aquí presente, y creo que si él prefiriera beber a diario un cuarto de buena cerveza, le haría mucho bien, y le permitiría ayudar en la revisión de sus documentos.

—Así que a usted también se le ha pegado la palabra —dije yo, un poco nervioso.

—Con todo respeto, ¿qué palabra, señor? —preguntó Turkey, apretujándose respetuosamente en el estrecho espacio detrás del biombo, obligándome a empujar al escribiente—. ¿Qué palabra, señor?

—*Ésa* es la palabra, Turkey —dije yo—, *ésa* es.

—Ah, ¿*preferir*? Ah, sí, una extraña palabra. Yo nunca la uso. Pero, señor, como le estaba diciendo, si él prefiriera...

—Turkey —lo interrumpí—, retírese, por favor.

—Ah, por supuesto, señor, si usted así lo prefiere.

Al abrir la puerta corrediza para retirarse, Nippers alcanzó a verme desde su escritorio, y me preguntó si preferiría que cierto documento se copiara en papel azul o blanco. No acentuó en lo más mínimo la palabra “preferiría”. Estaba claro que se le había escapado de la lengua involuntariamente. Me dije a mí mismo que sin duda debía deshacerme de este demente, quien ya había conseguido hasta cierto punto perturbarnos las lenguas, si no es que también las cabezas, de mis empleados y mías. Pero creí prudente no hacerlo de inmediato.

Al día siguiente, me di cuenta de que Bartleby no hacía más que estar parado frente a la ventana en sus ensoñaciones de muro ciego. Al preguntarle por qué no escribía, me dijo que había decidido ya no escribir.

¿Qué es lo que pasa? ¿Y luego qué sigue? —exclamé—. ¿Ya no escribir?

—Ya no.

—¿Y cuál es la razón?

—¿No la ve usted mismo? —contestó con indiferencia.

Lo miré fijamente, y advertí que sus ojos se veían apagados y vidriosos. En seguida se me ocurrió que su inigualable diligencia al copiar junto a esa oscura ventana durante las primeras semanas de su estancia conmigo podía haberle dañado temporalmente la vista.

Me sentí conmovido. Le dije algunas palabras de condolencia. Insinué que desde luego hacía muy bien en abstenerse de escribir por un tiempo; y lo animé a

que aprovechara esta oportunidad para ejercitarse al aire libre. Sin embargo, no lo hizo. Unos días después, cuando mis otros empleados estaban ausentes, y con el gran apuro de enviar ciertas cartas por correo, pensé que, como no tenía otra cosa que hacer, seguramente Bartleby sería menos inflexible de lo normal, y que llevaría esas cartas a la Oficina de Correos. Pero se negó rotundamente. Así que, muy a mi pesar, tuve que ir yo mismo.

Los días siguieron pasando. Si los ojos de Bartleby mejoraban o no, no sabría decirlo. Según las apariencias, yo creía que sí. Pero cuando le pregunté si habían mejorado, no concedió respuesta alguna. En todo caso, no hacía ninguna copia. Al fin, en respuesta a mi insistencia, me informó que había renunciado a copiar para siempre.

—¡Cómo! —exclamé—. Suponga que sus ojos se pusieran bien del todo, mejor que nunca, ¿aun así no copiaría usted?

—He renunciado a copiar —respondió, y desapareció.

Continuó como siempre: un mueble más en mi despacho. Mejor dicho, si eso fuera posible, resultó ser un mueble incluso más que antes. ¿Qué debía hacerse? No hacía nada en la oficina. ¿Por qué iba quedarse? Francamente, se había vuelto una carga para mí, no sólo tan inútil como un adorno, sino difícil de soportar. Y aun así, sentía lástima por él. No digo más que la verdad cuando afirmo que si me provocaba inquietud era por su propia culpa. Si tan sólo hubiera mencionado a algún familiar o amigo, yo les habría escrito

inmediatamente, instándolos a que se llevaran al pobre hombre a un retiro apropiado. Pero parecía estar solo, completamente solo en el universo. Un pedazo de los restos de un naufragio en medio del Atlántico. A la larga, las exigencias relacionadas con mi trabajo tiranizaron cualquier otra consideración. Tan amablemente como pude, le dije a Bartleby que en un plazo de seis días tenía que dejar la oficina incuestionablemente. Le aconsejé que, mientras tanto, tomara medidas para procurarse una nueva morada. Le ofrecí ayudarlo en esta tarea si él mismo daba el primer paso para la mudanza.

—Y cuando finalmente me deje, Bartleby—agregué—, me aseguraré de que no se vaya completamente desprovisto. Seis días a partir de ahora, recuérdelo.

Al expirar el plazo, me asomé detrás del biombo, y sí: ¡ahí estaba Bartleby!

Me abotoné el abrigo y serené mis emociones; avancé lentamente hacia él, le toqué el hombro, y le dije:

—Ha llegado el momento; debe abandonar este lugar; lo lamento por usted. Tome este dinero, pero debe marcharse.

—Preferiría no hacerlo —contestó, aún dándome la espalda.

—*Debe* marcharse.

Permaneció en silencio.

Yo tenía una confianza ilimitada en la honradez de este hombre. Con frecuencia me había devuelto monedas que por descuido había dejado caer al piso, pues

suelo ser muy despreocupado con esas naderías. Lo que sigue, por lo tanto, no sorprenderá a nadie.

—Bartleby —le dije—, le debo doce dólares; aquí tiene treintaidós; los veinte restantes son para usted. Tómelos, por favor —y le extendí los billetes.

Pero no hizo ningún movimiento.

—Los dejaré aquí, entonces —y los puse bajo un pisapapeles sobre la mesa. Luego, tomando mi sombrero y mi bastón y dirigiéndome hacia la puerta, me volví tranquilamente y añadí—: Cuando haya sacado sus cosas de la oficina, Bartleby, cierre con llave la puerta, pues todos, excepto usted, se han marchado ya. Y, por favor, deje su llave debajo del tapete para que yo pueda recogerla en la mañana. No volveremos a vernos; así que adiós. Si de aquí en adelante, en su nueva morada, puedo servirle de algo, no deje de avisarme por carta. Adiós, Bartleby, y que le vaya bien.

Pero no dijo ni una palabra; como la última columna de un templo en ruinas, se quedó de pie, mudo y solitario en medio de la habitación desierta.

Mientras caminaba pensativo de regreso a casa, mi vanidad se sobrepuso a mi compasión. No podía sino vanagloriarme de la manera magistral con la que me había desecho de Bartleby. Magistral he dicho, y así debería parecerle a cualquiera que lo piense desapasionadamente. La belleza de mi procedimiento parecía consistir en su perfecta discreción. Nada de amenazas vulgares, ni bravatas de ningún tipo, ni intimidaciones coléricas dando zancadas de un lado a otro a lo ancho de la oficina, lanzándole órdenes

vehementes a Bartleby para que se largara con sus miserables cachivaches. Nada por el estilo. Sin haber ordenado a gritos la partida de Bartleby —como alguien de genio inferior lo habría hecho—, yo había *dado por supuesto* que tenía que marcharse, y sobre esa suposición había construido todo lo que tenía que decir. Cuanto más pensaba en mi procedimiento, más encantado estaba con él. Sin embargo, a la mañana siguiente, al despertarme, tuve mis dudas; mis humos de vanidad, no sé cómo, se habían disipado con el sueño. Una de las horas más lúcidas y serenas de un hombre es justo después de despertarse por la mañana. Mi procedimiento me seguía pareciendo tan sagaz como antes, pero sólo en teoría. Cómo resultaría en la práctica, ése era el problema. De verdad era una bella idea haber supuesto la partida de Bartleby; pero, después de todo, esa suposición era sólo mía, y no de Bartleby. La cuestión principal no era si yo había supuesto que él iba a dejarme, sino si él preferiría hacerlo. Y él era un hombre de preferencias, no de suposiciones.

Después del desayuno, caminé hacia el centro, sopesando las probabilidades a favor y en contra. Por momentos creía que resultaría ser un fracaso miserable, y que Bartleby se encontraría en mi oficina como de costumbre; y un momento después estaba seguro de que vería su silla vacía. Y así seguí vacilando. En la esquina de Broadway y Canal Street, vi a un grupo de gente muy alterada, discutiendo acaloradamente.

—Apuesto a que no lo hace —dijo una voz a mi paso.

—¿A que no se va? ¡Acepto! —dije yo—; ponga su dinero.

Estaba metiendo instintivamente mi mano en el bolsillo para mostrar el mío, cuando recordé que era día de elecciones. Las palabras que había alcanzado a oír al pasar no se referían en absoluto a Bartleby, sino al éxito o fracaso de algún candidato a la alcaldía. En mi absorto estado mental, había imaginado, por así decirlo, que todo Broadway compartía mi agitación y debatían conmigo la misma cuestión. Seguí mi camino, muy agradecido de que el alboroto de la calle disimulara mi descuido pasajero.

Tal y como lo había planeado, llegué a la puerta de mi oficina más temprano que de costumbre. Me quedé escuchando por un momento. Todo estaba en silencio. Debió de haberse marchado. Intenté girar la perilla. La puerta estaba cerrada con llave. Sí, mi procedimiento había funcionado de maravilla; había desaparecido en efecto. Sin embargo, una cierta melancolía se mezclaba con esta sensación: casi lamentaba mi éxito brillante. Estaba hurgando debajo del tapete, buscando la llave que Bartleby tenía que haberme dejado ahí, cuando accidentalmente mi rodilla golpeó la puerta, produciendo un sonido como de llamada, y en respuesta una voz llegó hasta mí desde el interior:

—Todavía no, estoy ocupado.

Era Bartleby.

Me dejé fulminado. Por un momento, me quedé como aquel hombre que, con pipa en boca, murió por

culpa de un rayo estival, hace ya mucho tiempo durante una tarde despejada en Virginia; murió en su propia ventana, cálida y abierta, y permaneció recargado en ella en la tarde de ensueño, hasta que alguien lo tocó y cayó.

—¡No se ha ido! —murmuré al fin. Pero, obedeciendo una vez más ese asombroso ascendiente que el inescrutable copista tenía sobre mí, y del cual, a pesar de mi exasperación, no podía escapar completamente, bajé lento las escaleras y salí a la calle, y mientras daba vueltas a la manzana, consideré qué debería hacer después en esta inaudita y perpleja situación. No podía echarlo a empujones; ahuyentarlo con insultos sería inapropiado; llamar a la policía era una idea desagradable; y, sin embargo, permitirle que disfrutara de su cadavérico triunfo sobre mí, eso tampoco podía ni pensarlo. ¿Qué debía hacerse? O, si no podía hacerse nada, ¿había algo más que yo pudiera *suponer* sobre este asunto? Sí, al igual que antes yo había dado por supuesto prospectivamente que Bartleby se marcharía, ahora podría suponer retrospectivamente que se había marchado. En la legítima realización de este supuesto, yo podría entrar a mi oficina con mucha prisa, y fingiendo no ver a Bartleby, caminar directamente hacia él y atravesarlo como si fuera aire. Tal procedimiento tendría, en un grado singular, la apariencia de un ataque directo. Era muy improbable que Bartleby pudiera soportar semejante aplicación de la doctrina de las suposiciones. Pero pensándolo mejor, el éxito del

plan parecía más bien dudoso. Decidí discutir el asunto con él de nuevo.

—Bartleby —dije, entrando a la oficina con una expresión tranquilamente severa—, estoy gravemente disgustado. Estoy dolido, Bartleby. Tenía una mejor opinión de usted. Me lo había imaginado de tal caballerosa condición que, en cualquier delicado dilema, habría bastado la más leve insinuación; en resumen, una suposición. Pero parece que me engaño. ¡Vaya! —añadí, con asombro sincero—, ni siquiera ha tocado el dinero aún —y señalé el lugar en el que estaba, justo donde lo había dejado la tarde anterior.

No respondió nada.

—¿Va o no va usted a dejarme? —le pregunté ahora en un súbito arranque de ira, avanzando hacia él.

—Preferiría *no* dejarlo —contestó, enfatizando suavemente ese *no*.

—¿Pero qué derecho tiene usted a quedarse aquí? ¿Paga la renta? ¿Paga mis impuestos? ¿O acaso es suya esta propiedad?

No respondió nada.

—¿Está usted dispuesto a seguir escribiendo ahora? ¿Se ha recuperado de la vista? ¿Podría copiarme un pequeño documento esta misma mañana? ¿O ayudar a revisar algunas líneas? ¿O ir a la Oficina de Correos? En una palabra, ¿va usted a hacer algo que justifique su negativa a marcharse?

Silenciosamente se retiró a su ermita.

Me encontraba tan enervado que juzgué prudente abstenerme por ahora de añadir otras expresiones.

Bartleby y yo estábamos solos. Recordé la tragedia del desdichado Adams y del aún más desdichado Colt en la solitaria oficina de este último; y cómo el pobre Colt, enfurecido terriblemente por Adams, y dejándose llevar imprudentemente por una ira salvaje, se precipitó de golpe a su acto fatal, un acto que con certeza ningún hombre podría deplorar más que su propio autor. Con frecuencia se me había ocurrido, al pensar sobre este asunto, que si el altercado hubiera tenido lugar en la calle, o en una casa particular, la conclusión habría sido distinta. Fue la circunstancia de estar solos en una oficina desierta, en un piso alto de un edificio enteramente desprovisto de elementos domésticos humanizadores —una oficina sin alfombra, sin duda, de una apariencia un tanto sucia y demacrada—; eso debió de haber sido lo que contribuyó a aumentar enormemente la desesperación iracunda del desventurado Colt.

Pero cuando este rencor pecaminoso se despertó en mí y me tentó con respecto a Bartleby, forcejeé con él y lo vencí. ¿Cómo? Vaya, pues simplemente recordando el precepto divino: “Un nuevo mandamiento les doy: ámense los unos a los otros”. Sí, eso fue lo que me salvó. Dejando de lado consideraciones superiores, con frecuencia la caridad obra como un principio inmensamente sabio y prudente; un gran amparo para su poseedor. Los hombres han asesinado por celos, y por rabia, y por odio, y por egoísmo, y por orgullo espiritual; pero nadie, que yo sepa, jamás asesinó por dulce caridad. El mero interés propio, entonces, a falta de mejor

motivo, debería mover a todos los seres, especialmente a los hombres temperamentales, a la caridad y a la filantropía. En todo caso, en aquella ocasión me esforcé en ahogar mis sentimientos de exasperación hacia el escribiente, interpretando benévolutamente su conducta. ¡Pobre hombre, pobre hombre!, pensé, no lo hace a propósito; además, ha pasado tiempos difíciles, y merece indulgencia.

Procuré también ocuparme inmediatamente en algo, y, a la vez, consolar mi desaliento. Intenté imaginar que, en el transcurso de la mañana, en el momento que le pareciera conveniente, Bartleby, por su propia voluntad, emergería de su ermita, y se encaminaría decidido en dirección a la puerta. Pero no. Dieron las doce y media; la cara de Turkey empezó a resplandecer, a volcar el tintero, y a volverse ruidoso en general; Nippers se sumió en la quietud y la cortesía; Ginger Nut masticaba su manzana de las doce; y Bartleby siguió de pie frente a su ventana en una de sus más profundas ensoñaciones de muro ciego. ¿Me creerán? ¿Debería admitirlo? Esa tarde me marché de la oficina sin decirle ni una sola palabra más.

Pasaron algunos días, durante los cuales, en mis ratos libres, hojeaba un poco *Edwards sobre la voluntad* y *Priestly sobre la necesidad*. En estas circunstancias, estos libros me produjeron una saludable sensación. Gradualmente, me fui persuadiendo de que mis penas relacionadas con el escribiente habían sido predestinadas desde el principio de los tiempos, y que se me había enviado a Bartleby para que lo alojara por algún

designio misterioso de la omnisciente Providencia, que a un simple mortal como yo no le correspondía sondear. Sí, Bartleby, quédese ahí detrás de su biombo, pensé; no lo molestaré más; es usted tan inofensivo y silencioso como cualquiera de estas sillas viejas; en resumen, nunca tengo tanta privacidad como cuando sé que usted está aquí. Por fin lo veo, lo siento; comprendo el propósito predestinado de mi vida. Estoy satisfecho. Puede que otros tengan papeles más nobles que interpretar; pero mi misión en este mundo, Bartleby, es proporcionarle un espacio en mi oficina por el tiempo que usted considere apropiado quedarse.

Creo que habría continuado en este sabio y bendito estado mental de no haber sido por los comentarios gratuitos y nada caritativos que me lanzaban los colegas que visitaban el despacho. Pero como sucede a menudo, la constante fricción con mentes estrechas acaba por desgastar las mejores resoluciones de los más generosos. Aunque, para ser sincero, cuando lo reflexionaba, no era de extrañar que la gente que entraba en mi oficina se impresionara por el peculiar aspecto del incomprensible Bartleby, y se viera tentada a soltar alguna observación siniestra sobre él. A veces, algún abogado que tenía asuntos conmigo, al venir a mi oficina y no encontrar a nadie ahí más que al escribiente, intentaba obtener de él alguna información precisa sobre mi paradero; pero sin prestarle atención a su palabrería, Bartleby permanecía de pie, inmóvil en medio de la habitación. Así que, después de

contemplantarlo en esa posición por un rato, el abogado se marchaba sabiendo lo mismo que cuando llegó.

Además, cuando se revisaba un caso, y el despacho estaba lleno de abogados y testigos, y el trabajo no paraba, algún jurista sumamente atareado de los que se encontraban presentes, viendo que Bartleby estaba enteramente desocupado, le pedía que corriera a su oficina (a la del jurista) y le trajera algunos documentos. A lo que Bartleby tranquilamente se rehusaba, quedándose tan ocioso como antes. Entonces el abogado lo miraba muy fijamente, y luego se volvía hacia mí. ¿Y qué podía decir yo? Finalmente, me enteré de que en todo mi círculo de relaciones profesionales corría un rumor de asombro sobre la extraña criatura que mantenía en mi oficina. Esto me preocupó muchísimo. Y a medida que se apoderaba de mí la idea de que probablemente resultara ser un hombre longevo, y siguiera ocupando mi despacho, y negando mi autoridad; y desconcertando a mis visitantes; y arruinando mi reputación profesional; y ensombreciendo de manera general la oficina; subsistiendo hasta el último momento con sus ahorros (pues sin duda no gastaba sino cinco centavos al día), y que al final tal vez me sobreviviera, y reclamara posesión de mi oficina en razón de su ocupación perpetua; a medida que todas estas premoniciones sombrías se agolpaban más y más en mi cabeza, y mis amigos se inmiscuían constantemente con sus observaciones implacables sobre el fantasma en mi despacho, un gran cambio se forjó en mí. Decidí reunir todas mis

fuerzas y librarme para siempre de este intolerable incubo.

Sin embargo, antes de considerar algún proyecto complicado que respondiera a este fin, primero le sugerí simplemente a Bartleby la pertinencia de su marcha definitiva. En un tono serio y tranquilo, le confié esta idea a su prudente y madura consideración. Pero, después de haberse tomado tres días para meditarlo, me notificó que su determinación original seguía siendo la misma; en resumen, que aún prefería permanecer conmigo.

¿Qué haré?, me preguntaba entonces, mientras abotonaba mi abrigo hasta el último botón. ¿Qué haré? ¿Qué debo hacer? ¿Qué dice mi conciencia que *debería* hacer con este hombre, mejor dicho, con este fantasma? Tengo que librarme de él; se marchará. ¿Pero cómo? ¿No irás a echarlo, a ese pobre, pálido y pasivo mortal; no vas a echar a la calle a esa criatura indefensa? ¿No irás a deshonorarte con semejante crueldad? No, no lo haré, no puedo hacerlo. Sería mejor dejarlo vivir y morir aquí, y luego emparedar sus restos en el muro. ¿Entonces qué harás? A pesar de tus persuasiones, él no se moverá. Incluso los sobornos que le das los dejas sobre tu mesa, debajo de tu propio pisapapeles; en resumen; está bien claro que prefiere aferrarse a ti.

Entonces debe hacerse algo severo, algo inusual. ¡Cómo! ¿No irás a hacer que lo atrape la policía y enviar su inocente palidez a la cárcel? ¿Y con qué fundamentos lograrías que se hiciera tal cosa? ¿Es acaso

un vagabundo? ¡Cómo! ¿Un vagabundo, un errante, él, que se niega a moverse? Precisamente porque *no* quiere ser un vagabundo, intentas que lo consideren como tal. Es demasiado absurdo. No tiene medios de subsistencia visibles: ¡ya lo atrapé! Otro error: pues indudablemente él *sí subsiste* por su propia cuenta, y esa es la única prueba irrefutable con la que cualquiera puede demostrar que posee los medios para hacerlo. Se acabó. Como él no me dejará, yo debo dejarlo a él. Cambiaré de oficina; me mudaré a otra parte; y le notificaré debidamente que si lo encuentro en mis nuevas instalaciones, procederé contra él como si fuera un intruso común y corriente.

Actuando en consecuencia, al día siguiente me dirigí a él de este modo:

—Me parece que este despacho está demasiado lejos del Ayuntamiento; el aire aquí es insalubre. En pocas palabras, me propongo cambiar mis oficinas la próxima semana, y ya no requeriré de sus servicios. Se lo digo ahora con el fin de que pueda usted buscarse otro lugar.

No respondió, y no se dijo más.

En el día señalado, contraté carretas y hombres, me dirigí hacia mi despacho, y como el mobiliario era poco, se llevaron todo en unas cuantas horas. Durante la mudanza, el escribiente permaneció de pie detrás del biombo, el cual, según mis órdenes, sería lo último que se llevaran. Una vez que lo retiraron, doblándolo como un inmenso pliego, dejé a Bartleby como el ocupante inmóvil de una habitación desnuda. Me quedé

en la entrada observándolo por un momento, mientras algo en mi interior me reprochaba.

Volví a entrar con la mano en el bolsillo y... y con el corazón en un puño.

—Adiós, Bartleby, me marcho. Adiós, y que Dios de algún modo lo bendiga. Y tenga —le dije, deslizándole algo en su mano. Pero lo dejó caer al suelo, y entonces, aunque parezca mentira, tuve que arrancarme a mí mismo de quien tanto había anhelado librarme.

Instalado en mis nuevas oficinas, durante un día o dos mantuve la puerta cerrada con llave, y me sobresaltaba cada paso que oía en los pasillos. Cuando regresaba a mi despacho después de alguna breve ausencia, hacía una pausa en el umbral por un instante, y escuchaba con atención antes de introducir mi llave. Pero mis temores eran innecesarios. Bartleby nunca volvió a acercarseme.

Cuando creía que todo iba bien, un desconocido con aire preocupado me visitó, y me preguntó si era yo la persona que recientemente había ocupado unas oficinas en el número... de Wall Street.

Lleno de aprensiones, respondí que sí.

—Entonces, señor —dijo el desconocido, que resultó ser un abogado—, usted es responsable del hombre que dejó ahí. Se niega a copiar; se niega a hacer cualquier cosa; dice que prefiere no hacerlo; y se niega a dejar las instalaciones.

—Lo siento mucho, señor —le dije, fingiendo tranquilidad, pero temblando por dentro—, pero, en realidad, el hombre al que usted alude no es nada mío.

No es ni mi pariente ni mi aprendiz como para que usted me responsabilice por él.

—Por piedad, ¿quién es?

—Es que no puedo informarle. No sé nada sobre él. Anteriormente lo contraté como copista; pero no ha hecho nada para mí desde hace algún tiempo.

—Me encargaré de él, entonces. Buen día, señor.

Pasaron varios días, y no supe nada más; y a pesar de que con frecuencia sentía un impulso caritativo de visitar el lugar y ver al pobre Bartleby, aún así una cierta aprensión de no sé qué me detenía.

A estas alturas, todo ha terminado, pensaba al fin, cuando no recibí más noticias durante otra semana. Pero al llegar a mi despacho al día siguiente, encontré varias personas esperando junto a mi puerta, bastante alterados.

—¡Es él, ahí viene! —gritó el que estaba al frente, a quien reconocí como el abogado que anteriormente me había visitado a solas.

—¡Debe usted llevárselo, señor, de inmediato! —gritó un hombre corpulento, acercándose hacia mí, y a quien reconocí como el dueño del número... de Wall Street—. Estos caballeros, mis inquilinos, no soportan más esta situación. El señor B... —señalando al abogado— lo ha echado de su oficina, y ahora él insiste en rondar por todo el edificio, de día sentándose en los barandales de las escaleras y de noche durmiendo en la entrada. Todos están preocupados; los clientes están abandonando las oficinas; hay temor

de una trifulca. Usted tiene que hacer algo, y de inmediato.

Horrorizado ante este torrente, me replegué, y de buena gana me hubiera encerrado bajo llave en mis nuevas instalaciones. En vano insistí en que mi relación con Bartleby no era mayor que la de cualquier otro. En vano: yo era la última persona que había tenido algo que ver con él, y me responsabilizaban de esa terrible situación. Temeroso de que se me denunciara en los periódicos (tal como alguien amenazó vagamente), consideré el asunto y, finalmente, dije que si el abogado me concedía una entrevista privada con el escribiente, en su propio despacho (el del abogado), esa misma tarde haría mi mejor esfuerzo para librarlos de la molestia de la que se quejaban.

Subí las escaleras hacia mi vieja guarida, y ahí estaba Bartleby, sentado en silencio sobre el barandal de uno de los descansos.

—¿Qué está haciendo aquí, Bartleby? —le dije.

—Estoy sentado en el barandal —respondió con voz suave.

—Con un gesto le indiqué que entrara al despacho del abogado, quien entonces nos dejó solos.

—Bartleby —le dije—, ¿es usted consciente de que me ocasiona una gran tribulación al obstinarse en ocupar la entrada después de haber sido echado de la oficina?

No hubo respuesta.

—Tiene que pasar una de dos cosas. O usted hace algo o harán algo con usted. ¿A qué clase de trabajo le

gustaría dedicarse? ¿Le gustaría volver a copiar para alguien?

—No, preferiría no hacer ningún cambio.

—¿Le gustaría ser vendedor en una tienda de ropa?

—Es demasiado tiempo encerrado. No, no me gustaría ser vendedor; pero no soy quisquilloso.

—¡Demasiado tiempo encerrado! —exclamé—. ¡Pero si usted se la pasa encerrado todo el tiempo!

—Preferiría no ser vendedor —replicó, como para dejar resuelto ese punto de una vez.

—¿Qué tal le vendría un empleo de cantinero? Eso no cansa la vista.

—No me gustaría en absoluto; aunque, como he dicho antes, no soy quisquilloso.

Su inusitada elocuencia me animó. Volví a la carga.

Pues bien, ¿le gustaría viajar por el país cobrando facturas para los comerciantes? Eso mejoraría su salud.

—No, preferiría hacer otra cosa.

—¿Qué tal, entonces, viajar a Europa como compañero de algún joven caballero para entretenerlo con su conversación? ¿Qué tal le vendría?

—En absoluto. No me da la impresión de que haya algo definido en eso. Me gusta ser sedentario. Pero no soy quisquilloso.

—Pues sedentario será —grité, perdiendo la paciencia y, por primera vez en mi exasperante relación con él, dejándome llevar por la ira—. Si usted no se va de estas instalaciones antes de que anochezca, me veré obligado... mejor dicho, estoy obligado a... a...

ja abandonar las instalaciones yo mismo! —concluí de forma bastante absurda, sin saber con qué posible amenaza intimidarlo para convertir su inmovilidad en obediencia. Perdiendo las esperanzas en cualquier intento posterior, me estaba marchando precipitadamente, cuando se me ocurrió una última idea, una que no era la primera vez que me permitía albergar.

—Bartleby —le dije en el tono más amable que pude dadas las circunstancias—, ¿quisiera usted ir a casa conmigo ahora, no a mi oficina, sino a mi hogar, y quedarse ahí hasta que podamos encontrar tranquilamente un arreglo que le convenga? Venga, vayámonos ahora mismo.

—No, por ahora preferiría no cambiar nada en absoluto.

No respondí nada; sino que, esquivando con eficacia a todos con lo inesperado y rápido de mi huida, salí volando del edificio, corrí por Wall Street hacia Broadway, y saltando al primer ómnibus, pronto me vi libre de toda persecución. Tan pronto como volvió la tranquilidad, comprendí claramente que había hecho todo lo que me era posible, tanto respecto a las exigencias del dueño y sus inquilinos, como a mi propio deseo y sentido del deber, para beneficiar a Bartleby, y protegerlo de una dura persecución. Ahora procuré aquietarme y despreocuparme; y mi conciencia me daba la razón; aunque, para ser sincero, no tuve tanto éxito como habría querido. Tan temeroso estaba de ser cazado de nuevo por el dueño furibundo y sus exasperados inquilinos, que, dejando en manos

de Nippers mis asuntos, por algunos días deambulé por la parte alta de la ciudad y los suburbios en mi carruaje; crucé a Jersey City y a Haboken, e hice visitas fugaces a Manhattanville y a Astoria. De hecho, prácticamente viví en mi carruaje durante aquellos días.

Cuando regresé a mi oficina, sí, una nota del dueño me esperaba sobre mi escritorio. La abrí con manos temblorosas. Se me informaba de que su autor había llamado a la policía, y había hecho que se llevaran a Bartleby a Las Tumbas por vagabundo. Además, ya que yo lo conocía más que ninguna otra persona, me pedía que me presentara en aquel lugar e hiciera una adecuada declaración de los hechos. Estas noticias me produjeron un efecto contradictorio. Al principio, estaba indignado; pero, al final, casi estuve de acuerdo. El temperamento enérgico y sumario del dueño lo habían llevado a adoptar un procedimiento que no creo haber podido decidir por mi cuenta. Y, sin embargo, como último recurso, dadas las circunstancias tan peculiares, parecía la única opción.

Según supe después, el pobre escribiente, cuando le dijeron que debía ser llevado a Las Tumbas, no ofreció la menor resistencia, sino que, con su inmovilidad y palidez características, consintió silenciosamente.

Algunos de los compasivos y curiosos espectadores se unieron al grupo; y encabezada por un policía, que llevaba a Bartleby del brazo, la silenciosa procesión desfiló por su camino entre todo el ruido, el calor y el júbilo de las estruendosas calles al mediodía.

El mismo día que recibí la nota, me dirigí a Las Tumbas; o, para decirlo con propiedad, al Departamento de Justicia. Buscando al oficial adecuado, declaré el propósito de mi visita, y se me informó que el individuo al que describía estaba, en efecto, ahí adentro. Entonces le aseguré al funcionario que Bartleby era un hombre perfectamente honrado, y digno de la mayor compasión, a pesar de su inexplicable excentricidad. Le relaté todo lo que sabía, y concluí sugiriéndole la idea de dejar que permaneciera en un confinamiento tan indulgente como fuera posible hasta que algo menos severo pudiera hacerse; aunque, en realidad, yo no sabía muy bien qué podría ser. En todo caso, si nada más podía decidirse, el asilo debía recibirlo. Luego pedí una entrevista con Bartleby.

Como no estaba acusado de ningún cargo grave y su comportamiento era sereno e inofensivo, le habían permitido deambular libremente por la prisión, y en especial en los patios interiores cubiertos de pasto. Y ahí lo encontré, de pie y completamente solo en el más tranquilo de los patios, con su cara vuelta hacia un alto muro, mientras que, por todas partes, desde las estrechas rendijas de las ventanas de la cárcel, creí ver cómo los ojos de asesinos y ladrones lo miraban con curiosidad.

—¡Bartleby!

—Yo lo conozco a usted —dijo sin voltearse—, y no tengo nada que decirle.

—No fui yo quien lo trajo aquí, Bartleby —le dije, profundamente dolido por su implícita sospecha—.

Y, para usted, este lugar no debe ser tan desagradable. No es nada vergonzoso que usted esté aquí. Y vea, no es un lugar tan triste como podría creerse. Mire, ahí está el cielo, y aquí el jardín.

—Sé dónde estoy —contestó, pero ya no diría nada más, así que lo dejé.

Al entrar de nuevo al pasillo, un hombre robusto y carnoso, que vestía un delantal, me abordó, y sacudiendo su pulgar por encima de su hombro, me dijo:

—¿Es amigo suyo?

—Sí.

—¿Quiere morir de hambre? Si eso quiere, déjelo que viva de la comida de la prisión, eso bastará.

—¿Quién es usted? —le pregunté, sin saber qué pensar de una persona que hablaba de una manera tan poco oficial en un lugar como aquel.

—Soy el hombre guisos. Los caballeros que tienen amigos aquí me contratan para que los provea de cosas buenas de comer.

—¿Es verdad? —dije, volteando hacia el carcelero.

Dijo que sí.

—Pues bien —le dije, deslizando unas monedas de plata en las manos del hombre guisos (pues así le decían)—. Quiero que le dé un trato especial a mi amigo; que tenga la mejor comida que usted pueda conseguir. Y sea tan amable con él como le sea posible.

—¿Quiere usted presentarme? —dijo el hombre guisos, mirándome con una expresión que parecía

decir que estaba impaciente por una oportunidad para dar una muestra de su buena educación.

Creyendo que podría ser provechoso para el escribiente, accedí; y preguntándole su nombre al hombre guisos, nos acercamos a Bartleby.

—Bartleby, le presento a un amigo; le será de gran ayuda.

—Su servidor, señor, su servidor —dijo el hombre guisos, haciendo una reverencia con todo y su delantal—. Espero que el lugar le parezca agradable, señor; amplios jardines; habitaciones frescas, señor; espero que se quede con nosotros un buen tiempo; trataremos de hacérselo agradable. ¿Qué desearía almorzar hoy?

—Preferiría no almorzar hoy —dijo Bartleby, dándose la vuelta—. Me caería mal; no estoy acostumbrado a los almuerzos. —Diciendo esto, se dirigió lentamente hacia el otro lado del recinto, y se quedó frente al muro ciego.

—¿Cómo? —dijo el hombre guisos, dirigiéndose a mí con una mirada de asombro—. Es medio raro, ¿no?

—Creo que está un poco trastornado —dije con tristeza.

—¿Trastornado? ¿Trastornado, dice? Ah, bueno, le doy mi palabra, pensé que ese amigo suyo era un falsificador; siempre son pálidos y como distinguidos, esos falsificadores. No puedo evitar compadecerlos, no puedo evitarlo, señor. ¿Conoció usted a Monroe Edwards? —añadió conmovedoramente, e hizo una pausa. Luego, apoyando compasivamente su mano en

mi hombro, suspiró—. Murió de tisis en Sing-Sing. ¿Y no conocía usted al señor Monroe?

—No, nunca he estado relacionado socialmente con ningún falsificador. Pero no puedo quedarme más tiempo. Cuide a mi amigo. No perderá nada si lo hace. Nos volveremos a ver.

Algunos pocos días después, de nuevo conseguí entrar a Las Tumbas, y recorrí los pasillos en busca de Bartleby; pero no lo encontré.

—Lo vi salir de su celda no hace mucho —dijo un carcelero—. Tal vez haya ido a vagar por los patios.

Así que me dirigí hacia aquella dirección.

—¿Está buscando al hombre silencioso? —dijo otro carcelero al cruzarse conmigo—. Está por allá, durmiendo en aquel patio. No hace ni veinte minutos que lo vi acostarse.

El patio estaba en completo silencio. Los presos comunes no tenían acceso a él. Los muros circundantes, de un sorprendente grosor, lo aislaban de todo ruido. El carácter egipcio de la construcción me abrumó con su melancolía. Pero un suave pasto crecía aprisionado en el suelo. Parecía el corazón de las eternas pirámides, donde, por obra de alguna extraña magia, a través de las grietas, semillas de pasto, arrojadas por las aves, habían brotado.

Extrañamente acurrucado al pie del muro, con las rodillas recogidas, y acostado de lado, su cabeza tocando las frías piedras, vi al demacrado Bartleby. Pero nada se movía. Me detuve; luego me le acerqué; me incliné, y vi que sus tenues ojos estaban abiertos;

por lo demás, parecía profundamente dormido. Algo me incitó a tocarlo. Cuando toqué su mano, un hormigueo escalofriante me recorrió del brazo y la espina dorsal hasta los pies.

La cara redonda del hombre guisos me miró detenidamente.

—Su almuerzo está listo. ¿No almorzará hoy tampoco? ¿O es que vive sin comer?

—Vive sin comer —dije yo, y cerré sus ojos.

—¡Vaya! Está durmiendo, ¿no?

—Con reyes y gobernantes —murmuré.



Parecería que no hay necesidad de proseguir con esta historia. La imaginación suplirá con facilidad el escueto relato del entierro del pobre Bartleby. Pero antes de despedirme del lector, permítaseme decir que si esta pequeña narración le ha interesado lo suficiente como para despertar su curiosidad sobre quién era Bartleby, y qué clase de vida llevó antes de que este narrador lo conociera, sólo puedo responder que comparto plenamente esa curiosidad, pero que soy totalmente incapaz de satisfacerla. Sin embargo, en este punto, no sé si debería divulgar un pequeño rumor que llegó a mis oídos unos meses después del fallecimiento del escribiente. Sobre qué base se sustentaba, nunca podría determinarlo; y, por lo tanto, no podría decir qué tan cierto es. Pero considerando que este vago rumor ha sido de cierto interés extraño

y sugestivo para mí, por triste que sea, puede resultar interesante también para otras personas; así que lo mencionaré brevemente. El rumor era éste: que Bartleby había sido un empleado subalterno en la Oficina de Cartas Muertas² en Washington, de la que fue repentinamente despedido por un cambio en la administración. Cuando pienso en este rumor, no puedo explicar adecuadamente los sentimientos que se apoderan de mí. ¡Cartas muertas! ¿No suena como a hombres muertos? Imagínense a un hombre, por naturaleza y desventura, propenso a la pálida desesperanza, ¿habrá otro trabajo que parezca más apropiado para agudizarla que manejar continuamente estas cartas muertas, y clasificarlas para lanzarlas al fuego? Porque año tras año las queman por montones. A veces, el pálido empleado extrae del sobre un anillo —el dedo al que estaba destinado, quizá, esté pudriéndose en la tumba; un billete enviado con pronta caridad —aquél a quien habría aliviado ya no come ni siente hambre; perdón para quienes murieron afligidos; esperanza para quienes murieron sin ilusión; buenas noticias para quienes murieron ahogados por calamidades sin alivio. Con mensajes de vida, estas cartas se precipitan hacia la muerte.

¡Ay, Bartleby! ¡Ay, humanidad!

² *Dead letter*: carta que no puede ser entregada al destinatario ni devuelta al remitente. Aunque la frase no es muy usada en español, preferimos la traducción literal por el sentido que le aporta al epílogo y al libro en general.

BARTLEBY, THE SCRIVENER

I am a rather elderly man. The nature of my avocations, for the last thirty years, has brought me into more than ordinary contact with what would seem an interesting and somewhat singular set of men, of whom, as yet, nothing, that I know of, has ever been written—I mean, the law-copyists, or scriveners. I have known very many of them, professionally and privately, and, if I pleased, could relate divers histories, at which good-natured gentlemen might smile, and sentimental souls might weep. But I waive the biographies of all other scriveners, for a few passages in the life of Bartleby, who was a scrivener, the strangest I ever saw, or heard of. While, of other law-copyists, I might write the complete life, of Bartleby nothing of that sort can be done. I believe that no materials exist for a full and satisfactory biography of this man. It is an irreparable loss to literature. Bartleby was one of those beings of whom nothing is ascertainable, except from the original

sources, and, in his case, those are very small. What my own astonished eyes saw of Bartleby, *that* is all I know of him, except, indeed, one vague report, which will appear in the sequel.

Ere introducing the scrivener, as he first appeared to me, it is fit I make some mention of myself, my *employés*, my business, my chambers, and general surroundings; because some such description is indispensable to an adequate understanding of the chief character about to be presented. Imprimis: I am a man who, from his youth upwards, has been filled with a profound conviction that the easiest way of life is the best. Hence, though I belong to a profession proverbially energetic and nervous, even to turbulence, at times, yet nothing of that sort have I ever suffered to invade my peace. I am one of those unambitious lawyers who never addresses a jury, or in any way draws down public applause; but, in the cool tranquillity of a snug retreat, do a snug business among rich men's bonds, and mortgages, and title-deeds. All who know me, consider me an eminently *safe* man. The late John Jacob Astor, a personage little given to poetic enthusiasm, had no hesitation in pronouncing my first grand point to be prudence; my next, method. I do not speak it in vanity, but simply record the fact, that I was not unemployed in my profession by the late John Jacob Astor; a name which, I admit, I love to repeat; for it hath a rounded and orbicular sound to it, and rings like unto bullion. I will freely add, that

I was not insensible to the late John Jacob Astor's good opinion.

Some time prior to the period at which this little history begins, my avocations had been largely increased. The good old office, now extinct in the State of New York, of a Master in Chancery, had been conferred upon me. It was not a very arduous office, but very pleasantly remunerative. I seldom lose my temper; much more seldom indulge in dangerous indignation at wrongs and outrages; but, I must be permitted to be rash here, and declare, that I consider the sudden and violent abrogation of the office of Master in Chancery, by the new Constitution, as a — — premature act; inasmuch as I had counted upon a life-lease of the profits, whereas I only received those of a few short years. But this is by the way.

My chambers were up stairs, at No. — — Wall Street. At one end, they looked upon the white wall of the interior of a spacious skylight shaft, penetrating the building from top to bottom. This view might have been considered rather tame than otherwise, deficient in what landscape painters call "life." But, if so, the view from the other end of my chambers offered, at least, a contrast, if nothing more. In that direction, my windows commanded an unobstructed view of a lofty brick wall, black by age and everlasting shade; which wall required no spy-glass to bring out its lurking beauties, but, for the benefit of all near-sighted spectators, was pushed up to within ten feet of my window panes. Owing to the great height of the

surrounding buildings, and my chambers being on the second floor, the interval between this wall and mine not a little resembled a huge square cistern.

At the period just preceding the advent of *Bartleby*, I had two persons as copyists in my employment, and a promising lad as an office-boy. First, Turkey; second, Nippers; third, Ginger Nut. These may seem names, the like of which are not usually found in the Directory. In truth, they were nicknames, mutually conferred upon each other by my three clerks, and were deemed expressive of their respective persons or characters. Turkey was a short, pursy Englishman, of about my own age—that is, somewhere not far from sixty. In the morning, one might say, his face was of a fine florid hue, but after twelve o'clock, meridian—his dinner hour—it blazed like a grate full of Christmas coals; and continued blazing—but, as it were, with a gradual wane—till six o'clock, P.M., or thereabouts; after which, I saw no more of the proprietor of the face, which, gaining its meridian with the sun, seemed to set with it, to rise, culminate, and decline the following day, with the like regularity and undiminished glory. There are many singular coincidences I have known in the course of my life, not the least among which was the fact, that, exactly when Turkey displayed his fullest beams from his red and radiant countenance, just then, too, at that critical moment, began the daily period when I considered his business capacities as seriously disturbed for the remainder of the twenty-four hours. Not that he was absolutely

idle, or averse to business, then; far from it. The difficulty was he was apt to be altogether too energetic. There was a strange, inflamed, flurried, flighty recklessness of activity about him. He would be incautious in dipping his pen into his inkstand. All his blots upon my documents were dropped there after twelve o'clock, meridian. Indeed, not only would he be reckless, and sadly given to making blots in the afternoon, but, some days, he went further, and was rather noisy. At such times, too, his face flamed with augmented blazonry, as if cannel coal had been heaped on anthracite. He made an unpleasant racket with his chair; spilled his sand-box; in mending his pens, impatiently split them all to pieces, and threw them on the floor in a sudden passion; stood up, and leaned over his table, boxing his papers about in a most indecorous manner, very sad to behold in an elderly man like him. Nevertheless, as he was in many ways a most valuable person to me, and all the time before twelve o'clock, meridian, was the quickest, steadiest creature, too, accomplishing a great deal of work in a style not easily to be matched—for these reasons, I was willing to overlook his eccentricities, though, indeed, occasionally, I remonstrated with him. I did this very gently, however, because, though the civilest, nay, the blandest and most reverential of men in the morning, yet, in the afternoon, he was disposed, upon provocation, to be slightly rash with his tongue—in fact, insolent. Now, valuing his morning services as I did, and resolved not to lose them—yet, at the same

time, made uncomfortable by his inflamed ways after twelve o'clock—and being a man of peace, unwilling by my admonitions to call forth unseemly retorts from him, I took upon me, one Saturday noon (he was always worse on Saturdays) to hint to him, very kindly, that, perhaps, now that he was growing old, it might be well to abridge his labors; in short, he need not come to my chambers after twelve o'clock, but, dinner over, had best go home to his lodgings, and rest himself till tea-time. But no; he insisted upon his afternoon devotions. His countenance became intolerably fervid, as he oratorically assured me—gesticulating with a long ruler at the other end of the room—that if his services in the morning were useful, how indispensable, then, in the afternoon?

“With submission, sir,” said Turkey, on this occasion, “I consider myself your right-hand man. In the morning I but marshal and deploy my columns; but in the afternoon I put myself at their head, and gallantly charge the foe, thus”—and he made a violent thrust with the ruler.

“But the blots, Turkey,” intimated I.

“True; but, with submission, sir, behold these hairs! I am getting old. Surely, sir, a blot or two of a warm afternoon is not to be severely urged against gray hairs. Old age—even if it blot the page—is honorable. With submission, sir, we *both* are getting old.”

This appeal to my fellow-feeling was hardly to be resisted. At all events, I saw that go he would not. So, I made up my mind to let him stay, resolving,

nevertheless, to see to it that, during the afternoon, he had to do with my less important papers.

Nippers, the second on my list, was a whiskered, sallow, and, upon the whole, rather piratical-looking young man, of about five and twenty. I always deemed him the victim of two evil powers—ambition and indigestion. The ambition was evinced by a certain impatience of the duties of a mere copyist, an unwarrantable usurpation of strictly professional affairs, such as the original drawing up of legal documents. The indigestion seemed betokened in an occasional nervous testiness and grinning irritability, causing the teeth to audibly grind together over mistakes committed in copying; unnecessary maledictions, hissed, rather than spoken, in the heat of business; and especially by a continual discontent with the height of the table where he worked. Though of a very ingenious mechanical turn, Nippers could never get this table to suit him. He put chips under it, blocks of various sorts, bits of pasteboard, and at last went so far as to attempt an exquisite adjustment, by final pieces of folded blotting-paper. But no invention would answer. If, for the sake of easing his back, he brought the table lid at a sharp angle well up towards his chin, and wrote, there like a man using the steep roof of a Dutch house for his desk, then he declared that it stopped the circulation in his arms. If now he lowered the table to his waistbands, and stooped over it in writing, then there was a sore aching in his back. In short, the truth of the matter was Nippers knew not what he

wanted. Or, if he wanted anything, it was to be rid of a scrivener's table altogether. Among the manifestations of his diseased ambition was a fondness he had for receiving visits from certain ambiguous-looking fellows in seedy coats, whom he called his clients. Indeed, I was aware that not only was he, at times, considerable of a ward-politician, but he occasionally did a little business at the Justices' courts, and was not unknown on the steps of the Tombs. I have good reason to believe, however, that one individual who called upon him at my chambers, and who, with a grand air, he insisted was his client, was no other than a dun, and the alleged title-deed, a bill. But, with all his failings, and the annoyances he caused me, Nippers, like his compatriot Turkey, was a very useful man to me; wrote a neat, swift hand; and, when he chose, was not deficient in a gentlemanly sort of deportment. Added to this, he always dressed in a gentlemanly sort of way; and so, incidentally, reflected credit upon my chambers. Whereas, with respect to Turkey, I had much ado to keep him from being a reproach to me. His clothes were apt to look oily, and smell of eating-houses. He wore his pantaloons very loose and baggy in summer. His coats were execrable; his hat not to be handled. But while the hat was a thing of indifference to me, inasmuch as his natural civility and deference, as a dependent Englishman, always led him to doff it the moment he entered the room, yet his coat was another matter. Concerning his coats, I reasoned with him; but with no effect. The

truth was, I suppose, that a man with so small an income could not afford to sport such a lustrous face and a lustrous coat at one and the same time. As Nippers once observed, Turkey's money went chiefly for red ink. One winter day, I presented Turkey with a highly respectable-looking coat of my own—a padded gray coat, of a most comfortable warmth, and which buttoned straight up from the knee to the neck. I thought Turkey would appreciate the favor, and abate his rashness and obstreperousness of afternoons. But no; I verily believe that buttoning himself up in so downy and blanket-like a coat had a pernicious effect upon him—upon the same principle that too much oats are bad for horses. In fact, precisely as a rash, restive horse is said to feel his oats, so Turkey felt his coat. It made him insolent. He was a man whom prosperity harmed.

Though, concerning the self-indulgent habits of Turkey, I had my own private surmises, yet, touching Nippers, I was well persuaded that, whatever might be his faults in other respects, he was, at least, a temperate young man. But, indeed, nature herself seemed to have been his vintner, and, at his birth, charged him so thoroughly with an irritable, brandy-like disposition, that all subsequent potations were needless. When I consider how, amid the stillness of my chambers, Nippers would sometimes impatiently rise from his seat, and stooping over his table, spread his arms wide apart, seize the whole desk, and move it, and jerk it, with a grim, grinding motion on the floor, as if

the table were a perverse voluntary agent, intent on thwarting and vexing him, I plainly perceive that, for Nippers, brandy-and-water were altogether superfluous.

It was fortunate for me that, owing to its peculiar cause—indigestion—the irritability and consequent nervousness of Nippers were mainly observable in the morning, while in the afternoon he was comparatively mild. So that, Turkey's paroxysms only coming on about twelve o'clock, I never had to do with their eccentricities at one time. Their fits relieved each other, like guards. When Nippers's was on, Turkey's was off; and *vice versa*. This was a good natural arrangement, under the circumstances.

Ginger Nut, the third on my list, was a lad, some twelve years old. His father was a carman, ambitious of seeing his son on the bench instead of a cart, before he died. So he sent him to my office, as student at law, errand-boy, cleaner and sweeper, at the rate of one dollar a week. He had a little desk to himself, but he did not use it much. Upon inspection, the drawer exhibited a great array of the shells of various sorts of nuts. Indeed, to this quick-witted youth, the whole noble science of the law was contained in a nut-shell. Not the least among the employments of Ginger Nut, as well as one which he discharged with the most alacrity, was his duty as cake and apple purveyor for Turkey and Nippers. Copying law-papers being proverbially a dry, husky sort of business, my two scribes were fain to moisten their mouths very often with Spitzenbergs, to be had at the numerous stalls

nigh the Custom House and Post Office. Also, they sent Ginger Nut very frequently for that peculiar cake—small, flat, round, and very spicy—after which he had been named by them. Of a cold morning, when business was but dull, Turkey would gobble up scores of these cakes, as if they were mere wafers—indeed, they sell them at the rate of six or eight for a penny—the scrape of his pen blending with the crunching of the crisp particles in his mouth. Of all the fiery afternoon blunders and flurried rashnesses of Turkey, was his once moistening a ginger-cake between his lips, and clapping it on to a mortgage, for a seal. I came within an ace of dismissing him then. But he mollified me by making an oriental bow, and saying—

“With submission, sir, it was generous of me to find you in stationery on my own account.”

Now my original business—that of a conveyancer and title hunter, and drawer-up of recondite documents of all sorts—was considerably increased by receiving the master’s office. There was now great work for scribes. Not only must I push the clerks already with me, but I must have additional help. In answer to my advertisement, a motionless young man one morning stood upon my office threshold, the door being open, for it was summer. I can see that figure now—pallidly neat, pitiably respectable, incurably forlorn! It was Bartleby.

After a few words touching his qualifications, I engaged him, glad to have among my corps of copyists a man of so singularly sedate an aspect, which I thought

might operate beneficially upon the flighty temper of Turkey, and the fiery one of Nippers.

I should have stated before that ground glass folding-doors divided my premises into two parts, one of which was occupied by my scriveners, the other by myself. According to my humor, I threw open these doors, or closed them. I resolved to assign Bartleby a corner by the folding-doors, but on my side of them, so as to have this quiet man within easy call, in case any trifling thing was to be done. I placed his desk close up to a small side-window in that part of the room, a window which originally had afforded a lateral view of certain grimy backyards and bricks, but which, owing to subsequent erections, commanded at present no view at all, though it gave some light. Within three feet of the panes was a wall, and the light came down from far above, between two lofty buildings, as from a very small opening in a dome. Still further to a satisfactory arrangement, I procured a high green folding screen, which might entirely isolate Bartleby from my sight, though not remove him from my voice. And thus, in a manner, privacy and society were conjoined.

At first, Bartleby did an extraordinary quantity of writing. As if long famishing for something to copy, he seemed to gorge himself on my documents. There was no pause for digestion. He ran a day and night line, copying by sun-light and by candle-light. I should have been quite delighted with his application, had he been cheerfully industrious. But he wrote on silently, palely, mechanically.

It is, of course, an indispensable part of a scrivener's business to verify the accuracy of his copy, word by word. Where there are two or more scribes in an office, they assist each other in this examination, one reading from the copy, the other holding the original. It is a very dull, wearisome, and lethargic affair. I can readily imagine that, to some sanguine temperaments, it would be altogether intolerable. For example, I cannot credit that the mettlesome poet, Byron, would have contentedly sat down with Bartleby to examine a law document of, say, five hundred pages, closely written in a crimped hand.

Now and then, in the haste of business, it had been my habit to assist in comparing some brief document myself, calling Turkey or Nippers for this purpose. One object I had, in placing Bartleby so handy to me behind the screen, was to avail myself of his services on such trivial occasions. It was on the third day, I think, of his being with me, and before any necessity had arisen for having his own writing examined, that, being much hurried to complete a small affair I had in hand, I abruptly called to Bartleby. In my haste and natural expectancy of instant compliance, I sat with my head bent over the original on my desk, and my right hand sideways, and somewhat nervously extended with the copy, so that, immediately upon emerging from his retreat, Bartleby might snatch it and proceed to business without the least delay.

In this very attitude did I sit when I called to him, rapidly stating what it was I wanted him to do—namely,

to examine a small paper with me. Imagine my surprise, nay, my consternation, when, without moving from his privacy, Bartleby, in a singularly mild, firm voice, replied, "I would prefer not to."

I sat awhile in perfect silence, rallying my stunned faculties. Immediately it occurred to me that my ears had deceived me, or Bartleby had entirely misunderstood my meaning. I repeated my request in the clearest tone I could assume; but in quite as clear a one came the previous reply, "I would prefer not to."

"Prefer not to," echoed I, rising in high excitement, and crossing the room with a stride. "What do you mean? Are you moon-struck? I want you to help me compare this sheet here—take it," and I thrust it towards him.

"I would prefer not to," said he.

I looked at him steadfastly. His face was leanly composed; his gray eye dimly calm. Not a wrinkle of agitation rippled him. Had there been the least uneasiness, anger, impatience or impertinence in his manner; in other words, had there been any thing ordinarily human about him, doubtless I should have violently dismissed him from the premises. But as it was, I should have as soon thought of turning my pale plaster-of-Paris bust of Cicero out of doors. I stood gazing at him awhile, as he went on with his own writing, and then reseated myself at my desk. This is very strange, thought I. What had one best do? But my business hurried me. I concluded to forget the matter for the present, reserving it for my future

leisure. So calling Nippers from the other room, the paper was speedily examined.

A few days after this, Bartleby concluded four lengthy documents, being quadruplicates of a week's testimony taken before me in my High Court of Chancery. It became necessary to examine them. It was an important suit, and great accuracy was imperative. Having all things arranged, I called Turkey, Nippers and Ginger Nut, from the next room, meaning to place the four copies in the hands of my four clerks, while I should read from the original. Accordingly, Turkey, Nippers, and Ginger Nut had taken their seats in a row, each with his document in his hand, when I called to Bartleby to join this interesting group.

"Bartleby! quick, I am waiting."

I heard a slow scrape of his chair legs on the uncarpeted floor, and soon he appeared standing at the entrance of his hermitage.

"What is wanted?" said he, mildly.

"The copies, the copies," said I, hurriedly. "We are going to examine them. There"—and I held towards him the fourth quadruplicate.

"I would prefer not to," he said, and gently disappeared behind the screen.

For a few moments I was turned into a pillar of salt, standing at the head of my seated column of clerks. Recovering myself, I advanced towards the screen, and demanded the reason for such extraordinary conduct.

"*Why* do you refuse?"

“I would prefer not to.”

With any other man I should have flown outright into a dreadful passion, scorned all further words, and thrust him ignominiously from my presence. But there was something about Bartleby that not only strangely disarmed me, but, in a wonderful manner, touched and disconcerted me. I began to reason with him.

“These are your own copies we are about to examine. It is labor saving to you, because one examination will answer for your four papers. It is common usage. Every copyist is bound to help examine his copy. Is it not so? Will you not speak? Answer!”

“I prefer not to,” he replied in a flutelike tone. It seemed to me that, while I had been addressing him, he carefully revolved every statement that I made; fully comprehended the meaning; could not gainsay the irresistible conclusion; but, at the same time, some paramount consideration prevailed with him to reply as he did.

“You are decided, then, not to comply with my request—a request made according to common usage and common sense?”

He briefly gave me to understand that on that point my judgment was sound. Yes: his decision was irreversible.

It is not seldom the case that, when a man is browbeaten in some unprecedented and violently unreasonable way, he begins to stagger in his own plainest faith. He begins, as it were, vaguely to surmise that, wonderful as it may be, all the justice and

all the reason is on the other side. Accordingly, if any disinterested persons are present, he turns to them for some reinforcement for his own faltering mind.

“Turkey,” said I, “what do you think of this? Am I not right?”

“With submission, sir,” said Turkey, in his blandest tone, “I think that you are.”

“Nippers,” said I, “what do *you* think of it?”

“I think I should kick him out of the office.”

(The reader, of nice perceptions, will here perceive that, it being morning, Turkey’s answer is couched in polite and tranquil terms, but Nippers replies in ill-tempered ones. Or, to repeat a previous sentence, Nippers’s ugly mood was on duty, and Turkey’s off.)

“Ginger Nut,” said I, willing to enlist the smallest suffrage in my behalf, “what do *you* think of it?”

“I think, sir, he’s a little *luny*,” replied Ginger Nut, with a grin.

“You hear what they say,” said I, turning towards the screen, “come forth and do your duty.”

But he vouchsafed no reply. I pondered a moment in sore perplexity. But once more business hurried me. I determined again to postpone the consideration of this dilemma to my future leisure. With a little trouble we made out to examine the papers without Bartleby, though at every page or two Turkey deferentially dropped his opinion that this proceeding was quite out of the common; while Nippers, twitching in his chair with a dyspeptic nervousness, ground out, between his set teeth, occasional hissing maledictions

against the stubborn oaf behind the screen. And for his (Nippers's) part, this was the first and the last time he would do another man's business without pay.

Meanwhile Bartleby sat in his hermitage, oblivious to everything but his own peculiar business there.

Some days passed, the scrivener being employed upon another lengthy work. His late remarkable conduct led me to regard his ways narrowly. I observed that he never went to dinner; indeed, that he never went anywhere. As yet I had never, of my personal knowledge, known him to be outside of my office. He was a perpetual sentry in the corner. At about eleven o'clock though, in the morning, I noticed that Ginger Nut would advance toward the opening in Bartleby's screen, as if silently beckoned thither by a gesture invisible to me where I sat. The boy would then leave the office, jingling a few pence, and reappear with a handful of ginger-nuts, which he delivered in the hermitage, receiving two of the cakes for his trouble.

He lives, then, on ginger-nuts, thought I; never eats a dinner, properly speaking; he must be a vegetarian, then; but no; he never eats even vegetables, he eats nothing but ginger-nuts. My mind then ran on in reveries concerning the probable effects upon the human constitution of living entirely on ginger-nuts. Ginger-nuts are so called because they contain ginger as one of their peculiar constituents, and the final flavoring one. Now, what was ginger? A hot, spicy thing. Was Bartleby hot and spicy? Not at all. Ginger,

then, had no effect upon Bartleby. Probably, he preferred it should have none.

Nothing so aggravates an earnest person as a passive resistance. If the individual so resisted be of a not inhumane temper, and the resisting one perfectly harmless in his passivity, then, in the better moods of the former, he will endeavor charitably to construe to his imagination what proves impossible to be solved by his judgment. Even so, for the most part, I regarded Bartleby and his ways. Poor fellow! thought I, he means no mischief; it is plain he intends no insolence; his aspect sufficiently evinces that his eccentricities are involuntary. He is useful to me. I can get along with him. If I turn him away, the chances are he will fall in with some less-indulgent employer, and then he will be rudely treated, and perhaps driven forth miserably to starve. Yes. Here I can cheaply purchase a delicious self-approval. To befriend Bartleby; to humor him in his strange willfulness will cost me little or nothing, while I lay up in my soul what will eventually prove a sweet morsel for my conscience. But this mood was not invariable with me. The passiveness of Bartleby sometimes irritated me. I felt strangely goaded on to encounter him in new opposition—to elicit some angry spark from him answerable to my own. But, indeed, I might as well have essayed to strike fire with my knuckles against a bit of Windsor soap. But one afternoon the evil impulse in me mastered me, and the following little scene ensued:

“Bartleby,” said I, “when those papers are all copied, I will compare them with you.”

“I would prefer not to.”

“How? Surely you do not mean to persist in that mulish vagary?”

No answer.

I threw open the folding-doors near by, and, turning upon Turkey and Nippers, exclaimed:

“Bartleby a second time says he won’t examine his papers. What do you think of it, Turkey?”

It was afternoon, be it remembered. Turkey sat glowing like a brass boiler; his bald head steaming; his hands reeling among his blotted papers.

“Think of it?” roared Turkey; “I think I’ll just step behind his screen, and black his eyes for him!”

So saying, Turkey rose to his feet and threw his arms into a pugilistic position. He was hurrying away to make good his promise, when I detained him, alarmed at the effect of incautiously rousing Turkey’s combativeness after dinner.

“Sit down, Turkey,” said I, “and hear what Nippers has to say. What do you think of it, Nippers? Would I not be justified in immediately dismissing Bartleby?”

“Excuse me, that is for you to decide, sir. I think his conduct quite unusual, and, indeed, unjust, as regards Turkey and myself. But it may only be a passing whim.”

“Ah,” exclaimed I, “you have strangely changed your mind, then—you speak very gently of him now.”

“All beer,” cried Turkey; “gentleness is effects of beer—Nippers and I dined together to-day. You see how gentle *I* am, sir. Shall I go and black his eyes?”

“You refer to Bartleby, I suppose. No, not to-day, Turkey,” I replied; “pray, put up your fists.”

I closed the doors, and again advanced towards Bartleby. I felt additional incentives tempting me to my fate. I burned to be rebelled against again. I remembered that Bartleby never left the office.

“Bartleby,” said I, “Ginger Nut is away; just step around to the Post Office, won’t you? (it was but a three minutes’ walk), and see if there is anything for me.”

“I would prefer not to.”

“You *will* not?”

“I *prefer* not.”

I staggered to my desk, and sat there in a deep study. My blind inveteracy returned. Was there any other thing in which I could procure myself to be ignominiously repulsed by this lean, penniless wight?—my hired clerk? What added thing is there, perfectly reasonable, that he will be sure to refuse to do?

“Bartleby!”

No answer.

“Bartleby,” in a louder tone.

No answer.

“Bartleby,” I roared.

Like a very ghost, agreeably to the laws of magical invocation, at the third summons, he appeared at the entrance of his hermitage.

“Go to the next room, and tell Nippers to come to me.”

“I prefer not to,” he respectfully and slowly said, and mildly disappeared.

“Very good, Bartleby,” said I, in a quiet sort of serenely-severe self-possessed tone, intimating the unalterable purpose of some terrible retribution very close at hand. At the moment I half intended something of the kind. But upon the whole, as it was drawing towards my dinner-hour, I thought it best to put on my hat and walk home for the day, suffering much from perplexity and distress of mind.

Shall I acknowledge it? The conclusion of this whole business was that it soon became a fixed fact of my chambers that a pale young scrivener, by the name of Bartleby, had a desk there; that he copied for me at the usual rate of four cents a folio (one hundred words); but he was permanently exempt from examining the work done by him, that duty being transferred to Turkey and Nippers, out of compliment, doubtless, to their superior acuteness; moreover, said Bartleby was never, on any account, to be dispatched on the most trivial errand of any sort; and that even if entreated to take upon him such a matter, it was generally understood that he would “prefer not to”—in other words, that he would refuse point-blank.

As days passed on, I became considerably reconciled to Bartleby. His steadiness, his freedom from all dissipation, his incessant industry (except when he chose to throw himself into a standing revery behind his screen), his great stillness, his unalterableness of

demeanor under all circumstances, made him a valuable acquisition. One prime thing was this—*he was always there*—first in the morning, continually through the day, and the last at night. I had a singular confidence in his honesty. I felt my most precious papers perfectly safe in his hands. Sometimes, to be sure, I could not, for the very soul of me, avoid falling into sudden spasmodic passions with him. For it was exceeding difficult to bear in mind all the time those strange peculiarities, privileges, and unheard of exemptions, forming the tacit stipulations on Bartleby's part under which he remained in my office. Now and then, in the eagerness of dispatching pressing business, I would inadvertently summon Bartleby, in a short, rapid tone, to put his finger, say, on the incipient tie of a bit of red tape with which I was about compressing some papers. Of course, from behind the screen the usual answer, "I prefer not to," was sure to come; and then, how could a human creature, with the common infirmities of our nature, refrain from bitterly exclaiming upon such perverseness—such unreasonableness. However, every added repulse of this sort which I received only tended to lessen the probability of my repeating the inadvertence.

Here it must be said, that according to the custom of most legal gentlemen occupying chambers in densely-populated law buildings, there were several keys to my door. One was kept by a woman residing in the attic, which person weekly scrubbed and daily

swept and dusted my apartments. Another was kept by Turkey for convenience sake. The third I sometimes carried in my own pocket. The fourth I knew not who had.

Now, one Sunday morning I happened to go to Trinity Church, to hear a celebrated preacher, and finding myself rather early on the ground I thought I would walk round to my chambers for a while. Luckily I had my key with me; but upon applying it to the lock, I found it resisted by something inserted from the inside. Quite surprised, I called out; when to my consternation a key was turned from within; and thrusting his lean visage at me, and holding the door ajar, the apparition of Bartleby appeared, in his shirt sleeves, and otherwise in a strangely tattered deshabille, saying quietly that he was sorry, but he was deeply engaged just then, and—preferred not admitting me at present. In a brief word or two, he moreover added that perhaps I had better walk round the block two or three times, and by that time he would probably have concluded his affairs.

Now, the utterly unsurmised appearance of Bartleby, tenanting my law-chambers of a Sunday morning, with his cadaverously gentlemanly *nonchalance*, yet withal firm and self-possessed, had such a strange effect upon me that incontinently I slunk away from my own door, and did as desired. But not without sundry twinges of impotent rebellion against the mild effrontery of this unaccountable scrivener. Indeed, it was his wonderful mildness chiefly which not only

disarmed me, but unmanned me as it were. For I consider that one, for the time, is a sort of unmanned when he tranquilly permits his hired clerk to dictate to him, and order him away from his own premises. Furthermore, I was full of uneasiness as to what Bartleby could possibly be doing in my office in his shirt sleeves, and in an otherwise dismantled condition of a Sunday morning. Was anything amiss going on? Nay, that was out of the question. It was not to be thought of for a moment that Bartleby was an immoral person. But what could he be doing there?—copying? Nay again, whatever might be his eccentricities, Bartleby was an eminently decorous person. He would be the last man to sit down to his desk in any state approaching to nudity. Besides, it was Sunday; and there was something about Bartleby that forbade the supposition that he would by any secular occupation violate the proprieties of the day.

Nevertheless, my mind was not pacified; and full of a restless curiosity, at last I returned to the door. Without hindrance I inserted my key, opened it, and entered. Bartleby was not to be seen. I looked round anxiously, peeped behind his screen; but it was very plain that he was gone. Upon more closely examining the place, I surmised that for an indefinite period Bartleby must have ate, dressed, and slept in my office, and that, too without plate, mirror, or bed. The cushioned seat of a rickety old sofa in one corner bore the faint impress of a lean, reclining form. Rolled away under his desk, I found a blanket; under the

empty grate, a blacking box and brush; on a chair, a tin basin, with soap and a ragged towel; in a newspaper a few crumbs of ginger-nuts and a morsel of cheese. Yes, thought I, it is evident enough that Bartleby has been making his home here, keeping bachelor's hall all by himself. Immediately then the thought came sweeping across me, what miserable friendlessness and loneliness are here revealed! His poverty is great; but his solitude, how horrible! Think of it. Of a Sunday, Wall Street is deserted as Petra; and every night of every day it is an emptiness. This building, too, which of week-days hums with industry and life, at nightfall echoes with sheer vacancy, and all through Sunday is forlorn. And here Bartleby makes his home; sole spectator of a solitude which he has seen all populous—a sort of innocent and transformed Marius brooding among the ruins of Carthage!

For the first time in my life a feeling of overpowering stinging melancholy seized me. Before, I had never experienced aught but a not displeasing sadness. The bond of a common humanity now drew me irresistibly to gloom. A fraternal melancholy! For both I and Bartleby were sons of Adam. I remembered the bright silks and sparkling faces I had seen that day, in gala trim, swan-like sailing down the Mississippi of Broadway; and I contrasted them with the pallid copyist, and thought to myself, Ah, happiness courts the light, so we deem the world is gay; but misery hides aloof, so we deem that misery there is none. These sad fancyings—chimeras, doubtless, of a sick

and silly brain—led on to other and more special thoughts, concerning the eccentricities of Bartleby. Presentiments of strange discoveries hovered round me. The scriveners pale form appeared to me laid out, among uncaring strangers, in its shivering winding sheet.

Suddenly I was attracted by Bartleby's closed desk, the key in open sight left in the lock.

I mean no mischief, seek the gratification of no heartless curiosity, thought I; besides, the desk is mine, and its contents, too, so I will make bold to look within. Everything was methodically arranged, the papers smoothly placed. The pigeon holes were deep, and removing the files of documents, I groped into their recesses. Presently I felt something there, and dragged it out. It was an old bandanna handkerchief, heavy and knotted. I opened it, and saw it was a savings' bank.

I now recalled all the quiet mysteries which I had noted in the man. I remembered that he never spoke but to answer; that, though at intervals he had considerable time to himself, yet I had never seen him reading—no, not even a newspaper; that for long periods he would stand looking out, at his pale window behind the screen, upon the dead brick wall; I was quite sure he never visited any refectory or eating house; while his pale face clearly indicated that he never drank beer like Turkey, or tea and coffee even, like other men; that he never went anywhere in particular that I could learn; never went out for a walk,

unless, indeed, that was the case at present; that he had declined telling who he was, or whence he came, or whether he had any relatives in the world; that though so thin and pale, he never complained of ill health. And more than all, I remembered a certain unconscious air of pallid—how shall I call it?—of pallid haughtiness, say, or rather an austere reserve about him, which had positively awed me into my tame compliance with his eccentricities, when I had feared to ask him to do the slightest incidental thing for me, even though I might know, from his long-continued motionlessness, that behind his screen he must be standing in one of those dead-wall reveries of his.

Revolving all these things, and coupling them with the recently discovered fact that he made my office his constant abiding place and home, and not forgetful of his morbid moodiness; revolving all these things, a prudential feeling began to steal over me. My first emotions had been those of pure melancholy and sincerest pity; but just in proportion as the forlornness of Bartleby grew and grew to my imagination, did that same melancholy merge into fear, that pity into repulsion. So true it is, and so terrible, too, that up to a certain point the thought or sight of misery enlists our best affections; but, in certain special cases, beyond that point it does not. They err who would assert that invariably this is owing to the inherent selfishness of the human heart. It rather proceeds from a certain hopelessness of remedying excessive

and organic ill. To a sensitive being, pity is not seldom pain. And when at last it is perceived that such pity cannot lead to effectual succor, common sense bids the soul be rid of it. What I saw that morning persuaded me that the scrivener was the victim of innate and incurable disorder. I might give alms to his body; but his body did not pain him; it was his soul that suffered, and his soul I could not reach.

I did not accomplish the purpose of going to Trinity Church that morning. Somehow, the things I had seen disqualified me for the time from church-going. I walked homeward, thinking what I would do with Bartleby. Finally, I resolved upon this—I would put certain calm questions to him the next morning, touching his history, etc., and if he declined to answer them openly and unreservedly (and I supposed he would prefer not), then to give him a twenty dollar bill over and above whatever I might owe him, and tell him his services were no longer required; but that if in any other way I could assist him, I would be happy to do so, especially if he desired to return to his native place, wherever that might be, I would willingly help to defray the expenses. Moreover, if, after reaching home, he found himself at any time in want of aid, a letter from him would be sure of a reply.

The next morning came.

“Bartleby,” said I, gently calling to him behind his screen.

No reply.

“Bartleby,” said I, in a still gentler tone, “come here; I am not going to ask you to do anything you would prefer not to do—I simply wish to speak to you.”

Upon this he noiselessly slid into view.

“Will you tell me, Bartleby, where you were born?”

“I would prefer not to.”

“Will you tell me *anything* about yourself?”

“I would prefer not to.”

“But what reasonable objection can you have to speak to me? I feel friendly towards you.”

He did not look at me while I spoke, but kept his glance fixed upon my bust of Cicero, which, as I then sat, was directly behind me, some six inches above my head.

“What is your answer, Bartleby,” said I, after waiting a considerable time for a reply, during which his countenance remained immovable, only there was the faintest conceivable tremor of the white attenuated mouth.

“At present I prefer to give no answer,” he said, and retired into his hermitage.

It was rather weak in me I confess, but his manner, on this occasion, nettled me. Not only did there seem to lurk in it a certain calm disdain, but his perverseness seemed ungrateful, considering the undeniable good usage and indulgence he had received from me.

Again I sat ruminating what I should do. Mortified as I was at his behavior, and resolved as I had been to dismiss him when I entered my office, nevertheless I strangely felt something superstitious knocking at my

heart, and forbidding me to carry out my purpose, and denouncing me for a villain if I dared to breathe one bitter word against this forlornest of mankind. At last, familiarly drawing my chair behind his screen, I sat down and said: "Bartleby, never mind, then, about revealing your history; but let me entreat you, as a friend, to comply as far as may be with the usages of this office. Say now you will help to examine papers tomorrow or next day: in short say now, that in a day or two you will begin to be a little reasonable:—say so, Bartleby."

"At present I would prefer not to be a little reasonable," was his mildly cadaverous reply.

Just then the folding-doors opened, and Nippers approached. He seemed suffering from an unusually bad night's rest, induced by severer indigestion than common. He overheard those final words of Bartleby.

"*Prefer not*, eh?" gritted Nippers—"I'd *prefer* him, if I were you, sir," addressing me—"I'd *prefer* him; I'd give him preferences, the stubborn mule! What is it, sir, pray, that he *prefers* not to do now?"

Bartleby moved not a limb.

"Mr. Nippers," said I, "I'd prefer that you would withdraw for the present."

Somehow, of late I had got into the way of involuntarily using this word "prefer" upon all sorts of not exactly suitable occasions. And I trembled to think that my contact with the scrivener had already and seriously affected me in a mental way. And what further and deeper aberration might it not yet

produce? This apprehension had not been without efficacy in determining me to summary measures.

As Nippers, looking very sour and sulky, was departing, Turkey blandly and deferentially approached.

"With submission, sir," said he, "yesterday I was thinking about Bartleby here, and I think that if he would but prefer to take a quart of good ale every day, it would do much towards mending him, and enabling him to assist in examining his papers."

"So you have got the word, too," said I, slightly excited.

"With submission, what word, sir," asked Turkey, respectfully crowding himself into the contracted space behind the screen, and by so doing, making me jostle the scrivener. "What word, sir?"

"I would prefer to be left alone here," said Bartleby, as if offended at being mobbed in his privacy.

"*That's* the word, Turkey," said I—"that's it."

"Oh, *prefer*? oh yes—queer word. I never use it myself. But, sir, as I was saying, if he would but prefer—"

"Turkey," interrupted I, "you will please withdraw."

"Oh certainly, sir, if you prefer that I should."

As he opened the folding-door to retire, Nippers at his desk caught a glimpse of me, and asked whether I would prefer to have a certain paper copied on blue paper or white. He did not in the least roguishly accent the word *prefer*. It was plain that it involuntarily rolled from his tongue. I thought to myself, surely I must get rid of a demented man, who already has in some degree turned the tongues, if not the heads of

myself and clerks. But I thought it prudent not to break the dismissal at once.

The next day I noticed that Bartleby did nothing but stand at his window in his dead-wall revery. Upon asking him why he did not write, he said that he had decided upon doing no more writing.

“Why, how now? what next?” exclaimed I, “do no more writing?”

“No more.”

“And what is the reason?”

“Do you not see the reason for yourself,” he indifferently replied.

I looked steadfastly at him, and perceived that his eyes looked dull and glazed. Instantly it occurred to me that his unexampled diligence in copying by his dim window for the first few weeks of his stay with me might have temporarily impaired his vision.

I was touched. I said something in condolence with him. I hinted that of course he did wisely in abstaining from writing for a while; and urged him to embrace that opportunity of taking wholesome exercise in the open air. This, however, he did not do. A few days after this, my other clerks being absent, and being in a great hurry to dispatch certain letters by the mail, I thought that, having nothing else earthly to do, Bartleby would surely be less inflexible than usual, and carry these letters to the post-office. But he blankly declined. So, much to my inconvenience, I went myself.

Still added days went by. Whether Bartleby's eyes improved or not, I could not say. To all appearance, I thought they did. But when I asked him if they did, he vouchsafed no answer. At all events, he would do no copying. At last, in reply to my urgings, he informed me that he had permanently given up copying.

"What!" exclaimed I; "suppose your eyes should get entirely well—better than ever before—would you not copy then?"

"I have given up copying," he answered, and slid aside.

He remained as ever, a fixture in my chamber. Nay—if that were possible—he became still more of a fixture than before. What was to be done? He would do nothing in the office; why should he stay there? In plain fact, he had now become a millstone to me, not only useless as a necklace, but afflictive to bear. Yet I was sorry for him. I speak less than truth when I say that, on his own account, he occasioned me uneasiness. If he would but have named a single relative or friend, I would instantly have written, and urged their taking the poor fellow away to some convenient retreat. But he seemed alone, absolutely alone in the universe. A bit of wreck in the mid Atlantic. At length, necessities connected with my business tyrannized over all other considerations. Decently as I could, I told Bartleby that in six days time he must unconditionally leave the office. I warned him to take measures, in the interval, for procuring some other abode. I offered to assist him in this endeavor, if he himself would but take the first step towards a removal.

“And when you finally quit me, Bartleby,” added I, “I shall see that you go not away entirely unprovided. Six days from this hour, remember.”

At the expiration of that period, I peeped behind the screen, and lo! Bartleby was there.

I buttoned up my coat, balanced myself; advanced slowly towards him, touched his shoulder, and said, “The time has come; you must quit this place; I am sorry for you; here is money; but you must go.”

“I would prefer not,” he replied, with his back still towards me.

“You *must*.”

He remained silent.

Now I had an unbounded confidence in this man’s common honesty. He had frequently restored to me sixpences and shillings carelessly dropped upon the floor, for I am apt to be very reckless in such shirt-button affairs. The proceeding, then, which followed will not be deemed extraordinary.

“Bartleby,” said I, “I owe you twelve dollars on account; here are thirty-two; the odd twenty are yours—Will you take it?” and I handed the bills towards him.

But he made no motion.

“I will leave them here, then,” putting them under a weight on the table. Then taking my hat and cane and going to the door, I tranquilly turned and added—“After you have removed your things from these offices, Bartleby, you will of course lock the door—since every one is now gone for the day but you—and if you please, slip your key underneath the mat,

so that I may have it in the morning. I shall not see you again; so good-by to you. If, hereafter, in your new place of abode, I can be of any service to you, do not fail to advise me by letter. Good-by, Bartleby, and fare you well.”

But he answered not a word; like the last column of some ruined temple, he remained standing mute and solitary in the middle of the otherwise deserted room.

As I walked home in a pensive mood, my vanity got the better of my pity. I could not but highly plume myself on my masterly management in getting rid of Bartleby. Masterly I call it, and such it must appear to any dispassionate thinker. The beauty of my procedure seemed to consist in its perfect quietness. There was no vulgar bullying, no bravado of any sort, no choleric hectoring, and striding to and fro across the apartment, jerking out vehement commands for Bartleby to bundle himself off with his beggarly traps. Nothing of the kind. Without loudly bidding Bartleby depart—as an inferior genius might have done—I *assumed* the ground that depart he must; and upon that assumption built all I had to say. The more I thought over my procedure, the more I was charmed with it. Nevertheless, next morning, upon awakening, I had my doubts—I had somehow slept off the fumes of vanity. One of the coolest and wisest hours a man has, is just after he awakes in the morning. My procedure seemed as sagacious as ever—but only in theory. How it would prove in practice—there was the rub. It was truly a beautiful thought to have

assumed Bartleby's departure; but, after all, that assumption was simply my own, and none of Bartleby's. The great point was not whether I had assumed that he would quit me, but whether he would prefer so to do. He was more a man of preferences than assumptions.

After breakfast, I walked down town, arguing the probabilities *pro* and *con*. One moment I thought it would prove a miserable failure, and Bartleby would be found all alive at my office as usual; the next moment it seemed certain that I should find his chair empty. And so I kept veering about. At the corner of Broadway and Canal Street, I saw quite an excited group of people standing in earnest conversation.

"I'll take odds he doesn't," said a voice as I passed.

"Doesn't go?—done!" said I, "put up your money."

I was instinctively putting my hand in my pocket to produce my own, when I remembered that this was an election day. The words I had overheard bore no reference to Bartleby, but to the success or non-success of some candidate for the mayoralty. In my intent frame of mind, I had, as it were, imagined that all Broadway shared in my excitement, and were debating the same question with me. I passed on, very thankful that the uproar of the street screened my momentary absent-mindedness.

As I had intended, I was earlier than usual at my office door. I stood listening for a moment. All was still. He must be gone. I tried the knob. The door was locked. Yes, my procedure had worked to a charm; he indeed must be vanished. Yet a certain melancholy

mixed with this: I was almost sorry for my brilliant success. I was fumbling under the door mat for the key, which Bartleby was to have left there for me, when accidentally my knee knocked against a panel, producing a summoning sound, and in response a voice came to me from within—"Not yet; I am occupied."

It was Bartleby.

I was thunderstruck. For an instant I stood like the man who, pipe in mouth, was killed one cloudless afternoon long ago in Virginia, by summer lightning; at his own warm open window he was killed, and remained leaning out there upon the dreamy afternoon till some one touched him, when he fell.

"Not gone!" I murmured at last. But again obeying that wondrous ascendancy which the inscrutable scrivener had over me, and from which ascendancy, for all my chafing, I could not completely escape, I slowly went down stairs and out into the street, and while walking round the block, considered what I should next do in this unheard-of perplexity. Turn the man out by an actual thrusting I could not; to drive him away by calling him hard names would not do; calling in the police was an unpleasant idea; and yet, permit him to enjoy his cadaverous triumph over me—this, too, I could not think of. What was to be done? or, if nothing could be done, was there anything further that I could *assume* in the matter? Yes, as before I had prospectively assumed that Bartleby would depart, so now I might retrospectively assume that

departed he was. In the legitimate carrying out of this assumption, I might enter my office in a great hurry, and pretending not to see Bartleby at all, walk straight against him as if he were air. Such a proceeding would in a singular degree have the appearance of a home-thrust. It was hardly possible that Bartleby could withstand such an application of the doctrine of assumptions. But upon second thoughts the success of the plan seemed rather dubious. I resolved to argue the matter over with him again.

“Bartleby,” said I, entering the office, with a quietly severe expression, “I am seriously displeased. I am pained, Bartleby. I had thought better of you. I had imagined you of such a gentlemanly organization that in any delicate dilemma a slight hint would suffice—in short, an assumption. But it appears I am deceived. Why,” I added, unaffectedly starting, “you have not even touched that money yet,” pointing to it, just where I had left it the evening previous.

He answered nothing.

“Will you, or will you not, quit me?” I now demanded in a sudden passion, advancing close to him.

“I would prefer *not* to quit you,” he replied gently emphasizing the *not*.

“What earthly right have you to stay here? Do you pay any rent? Do you pay my taxes? Or is this property yours?”

He answered nothing.

“Are you ready to go on and write now? Are your eyes recovered? Could you copy a small paper for me

this morning? or help examine a few lines? or step round to the post-office? In a word, will you do anything at all, to give a coloring to your refusal to depart the premises?"

He silently retired into his hermitage.

I was now in such a state of nervous resentment that I thought it but prudent to check myself at present from further demonstrations. Bartleby and I were alone. I remembered the tragedy of the unfortunate Adams and the still more unfortunate Colt in the solitary office of the latter; and how poor Colt, being dreadfully incensed by Adams, and imprudently permitting himself to get wildly excited, was at unawares hurried into his fatal act—an act which certainly no man could possibly deplore more than the actor himself. Often it had occurred to me, in my ponderings upon the subject, that had that altercation taken place in the public street, or at a private residence, it would not have terminated as it did. It was the circumstance of being alone in a solitary office, up stairs, of a building entirely unhallowed by humanizing domestic associations—an uncarpeted office, doubtless, of a dusty, haggard sort of appearance—this it must have been which greatly helped to enhance the irritable desperation of the hapless Colt.

But when this old Adam of resentment rose in me and tempted me concerning Bartleby, I grappled him and threw him. How? Why, simply by recalling the divine injunction: "A new commandment give I unto you, that ye love one another." Yes, this it was that saved

me. Aside from higher considerations, charity often operates as a vastly wise and prudent principle—a great safeguard to its possessor. Men have committed murder for jealousy's sake, and anger's sake, and hatred's sake, and selfishness' sake, and spiritual pride's sake; but no man, that ever I heard of, ever committed a diabolical murder for sweet charity's sake. Mere self-interest, then, if no better motive can be enlisted, should, especially with high-tempered men, prompt all beings to charity and philanthropy. At any rate, upon the occasion in question, I strove to drown my exasperated feelings towards the scrivener by benevolently construing his conduct. Poor fellow, poor fellow! thought I, he don't mean anything; and besides, he has seen hard times, and ought to be indulged.

I endeavored, also, immediately to occupy myself, and at the same time to comfort my despondency. I tried to fancy that in the course of the morning, at such time as might prove agreeable to him, Bartleby, of his own free accord, would emerge from his hermitage and take up some decided line of march in the direction of the door. But no. Half-past twelve o'clock came; Turkey began to glow in the face, overturn his inkstand, and become generally obstreperous; Nippers abated down into quietude and courtesy; Ginger Nut munched his noon apple; and Bartleby remained standing at his window in one of his profoundest dead-wall reveries. Will it be credited? Ought I to acknowledge it? That afternoon I left the office without saying one further word to him.

Some days now passed, during which, at leisure intervals, I looked a little into "Edwards on the Will," and "Priestley on Necessity." Under the circumstances, those books induced a salutary feeling. Gradually I slid into the persuasion that these troubles of mine, touching the scrivener, had been all predestinated from eternity, and Bartleby was billeted upon me for some mysterious purpose of an all-wise Providence, which it was not for a mere mortal like me to fathom. Yes, Bartleby, stay there behind your screen, thought I; I shall persecute you no more; you are harmless and noiseless as any of these old chairs; in short, I never feel so private as when I know you are here. At last I see it, I feel it; I penetrate to the predestinated purpose of my life. I am content. Others may have loftier parts to enact; but my mission in this world, Bartleby, is to furnish you with office-room for such period as you may see fit to remain.

I believe that this wise and blessed frame of mind would have continued with me, had it not been for the unsolicited and uncharitable remarks obtruded upon me by my professional friends who visited the rooms. But thus it often is that the constant friction of illiberal minds wears out at last the best resolves of the more generous. Though to be sure, when I reflected upon it, it was not strange that people entering my office should be struck by the peculiar aspect of the unaccountable Bartleby, and so be tempted to throw out some sinister observations concerning him. Sometimes an attorney, having business with me, and

calling at my office, and finding no one but the scrivener there, would undertake to obtain some sort of precise information from him touching my whereabouts; but without heeding his idle talk, Bartleby would remain standing immovable in the middle of the room. So after contemplating him in that position for a time, the attorney would depart, no wiser than he came.

Also, when a Reference was going on, and the room full of lawyers and witnesses, and business driving fast, some deeply-occupied legal gentleman present, seeing Bartleby wholly unemployed, would request him to run round to his (the legal gentleman's) office and fetch some papers for him. Thereupon, Bartleby would tranquilly decline, and yet remain idle as before. Then the lawyer would give a great stare, and turn to me. And what could I say? At last I was made aware that all through the circle of my professional acquaintance a whisper of wonder was running round, having reference to the strange creature I kept at my office. This worried me very much. And as the idea came upon me of his possibly turning out a long-lived man, and keep occupying my chambers, and denying my authority; and perplexing my visitors; and scandalizing my professional reputation; and casting a general gloom over the premises; keeping soul and body together to the last upon his savings (for doubtless he spent but half a dime a day), and in the end perhaps outlive me, and claim possession of my office by right of his perpetual occupancy: as all these dark

anticipations crowded upon me more and more, and my friends continually intruded their relentless remarks upon the apparition in my room; a great change was wrought in me. I resolved to gather all my faculties together, and forever rid me of this intolerable incubus.

Ere revolving any complicated project, however, adapted to this end, I first simply suggested to Bartleby the propriety of his permanent departure. In a calm and serious tone, I commanded the idea to his careful and mature consideration. But, having taken three days to meditate upon it, he apprised me, that his original determination remained the same; in short, that he still preferred to abide with me.

What shall I do? I now said to myself, buttoning up my coat to the last button. What shall I do? what ought I to do? what does conscience say I *should* do with this man, or, rather, ghost. Rid myself of him, I must; go, he shall. But how? You will not thrust him, the poor, pale, passive mortal—you will not thrust such a helpless creature out of your door? you will not dishonor yourself by such cruelty? No, I will not, I cannot do that. Rather would I let him live and die here, and then mason up his remains in the wall. What, then, will you do? For all your coaxing, he will not budge. Bribes he leaves under your own paper-weight on your table; in short, it is quite plain that he prefers to cling to you.

Then something severe, something unusual must be done. What! surely you will not have him collared

by a constable, and commit his innocent pallor to the common jail? And upon what ground could you procure such a thing to be done?—a vagrant, is he? What! he a vagrant, a wanderer, who refuses to budge? It is because he will *not* be a vagrant, then, that you seek to count him *as* a vagrant. That is too absurd. No visible means of support: there I have him. Wrong again: for indubitably he *does* support himself, and that is the only unanswerable proof that any man can show of his possessing the means so to do. No more, then. Since he will not quit me, I must quit him. I will change my offices; I will move elsewhere, and give him fair notice, that if I find him on my new premises I will then proceed against him as a common trespasser.

Acting accordingly, next day I thus addressed him: “I find these chambers too far from the City Hall; the air is unwholesome. In a word, I propose to remove my offices next week, and shall no longer require your services. I tell you this now, in order that you may seek another place.”

He made no reply, and nothing more was said.

On the appointed day I engaged carts and men, proceeded to my chambers, and, having but little furniture, everything was removed in a few hours. Throughout, the scrivener remained standing behind the screen, which I directed to be removed the last thing. It was withdrawn; and, being folded up like a huge folio, left him the motionless occupant of a naked room. I stood in the entry watching him a moment, while something from within me upbraided me.

I re-entered, with my hand in my pocket—and—and my heart in my mouth.

“Good-by, Bartleby; I am going—good-by, and God some way bless you; and take that,” slipping something in his hand. But it dropped upon the floor, and then—strange to say—I tore myself from him whom I had so longed to be rid of.

Established in my new quarters, for a day or two I kept the door locked, and started at every footfall in the passages. When I returned to my rooms, after any little absence, I would pause at the threshold for an instant, and attentively listen, ere applying my key. But these fears were needless. Bartleby never came nigh me.

I thought all was going well, when a perturbed-looking stranger visited me, inquiring whether I was the person who had recently occupied rooms at No. — — Wall Street.

Full of forebodings, I replied that I was.

“Then, sir,” said the stranger, who proved a lawyer, “you are responsible for the man you left there. He refuses to do any copying; he refuses to do anything; he says he prefers not to; and he refuses to quit the premises.”

“I am very sorry, sir,” said I, with assumed tranquillity, but an inward tremor, “but, really, the man you allude to is nothing to me—he is no relation or apprentice of mine, that you should hold me responsible for him.”

“In mercy’s name, who is he?”

“I certainly cannot inform you. I know nothing about him. Formerly I employed him as a copyist; but he has done nothing for me now for some time past.”

“I shall settle him, then—good morning, sir.”

Several days passed, and I heard nothing more; and, though I often felt a charitable prompting to call at the place and see poor Bartleby, yet a certain squeamishness, of I know not what, withheld me.

All is over with him, by this time, thought I, at last, when, through another week, no further intelligence reached me. But, coming to my room the day after, I found several persons waiting at my door in a high state of nervous excitement.

“That’s the man—here he comes,” cried the foremost one, whom I recognized as the lawyer who had previously called upon me alone.

“You must take him away, sir, at once,” cried a portly person among them, advancing upon me, and whom I knew to be the landlord of No. — — Wall Street. “These gentlemen, my tenants, cannot stand it any longer; Mr. B — —,” pointing to the lawyer, “has turned him out of his room, and he now persists in haunting the building generally, sitting upon the banisters of the stairs by day, and sleeping in the entry by night. Everybody is concerned; clients are leaving the offices; some fears are entertained of a mob; something you must do, and that without delay.”

Aghast at this torrent, I fell back before it, and would fain have locked myself in my new quarters. In vain I persisted that Bartleby was nothing to me—no

more than to any one else. In vain—I was the last person known to have anything to do with him, and they held me to the terrible account. Fearful, then, of being exposed in the papers (as one person present obscurely threatened), I considered the matter, and, at length, said that if the lawyer would give me a confidential interview with the scrivener, in his (the lawyer's) own room, I would, that afternoon, strive my best to rid them of the nuisance they complained of.

Going up stairs to my old haunt, there was Bartleby silently sitting upon the banister at the landing.

“What are you doing here, Bartleby?” said I.

“Sitting upon the banister,” he mildly replied.

I motioned him into the lawyer's room, who then left us.

“Bartleby” said I, “are you aware that you are the cause of great tribulation to me, by persisting in occupying the entry after being dismissed from the office?”

No answer.

“Now one of two things must take place. Either you must do something, or something must be done to you. Now what sort of business would you like to engage in? Would you like to re-engage in copying for some one?”

“No; I would prefer not to make any change.”

“Would you like a clerkship in a dry-goods store?”

“There is too much confinement about that. No, I would not like a clerkship; but I am not particular.”

“Too much confinement,” I cried, “why you keep yourself confined all the time!”

“I would prefer not to take a clerkship,” he rejoined, as if to settle that little item at once.

“How would a bar-tender’s business suit you? There is no trying of the eye-sight in that.”

“I would not like it at all; though, as I said before, I am not particular.”

His unwonted wordiness inspired me. I returned to the charge.

“Well, then, would you like to travel through the country collecting bills for the merchants? That would improve your health.”

“No, I would prefer to be doing something else.”

“How, then, would going as a companion to Europe, to entertain some young gentleman with your conversation—how would that suit you?”

“Not at all. It does not strike me that there is anything definite about that. I like to be stationary. But I am not particular.”

“Stationary you shall be, then,” I cried, now losing all patience, and, for the first time in all my exasperating connection with him, fairly flying into a passion. “If you do not go away from these premises before night, I shall feel bound—indeed, I *am* bound—to—to—to quit the premises myself!” I rather absurdly concluded, knowing not with what possible threat to try to frighten his immobility into compliance. Despairing of all further efforts, I was precipitately

leaving him, when a final thought occurred to me—one which had not been wholly indulged before.

“Bartleby,” said I, in the kindest tone I could assume under such exciting circumstances, “will you go home with me now—not to my office, but my dwelling—and remain there till we can conclude upon some convenient arrangement for you at our leisure? Come, let us start now, right away.”

“No: at present I would prefer not to make any change at all.”

I answered nothing; but, effectually dodging every one by the suddenness and rapidity of my flight, rushed from the building, ran up Wall Street towards Broadway, and, jumping into the first omnibus, was soon removed from pursuit. As soon as tranquillity returned, I distinctly perceived that I had now done all that I possibly could, both in respect to the demands of the landlord and his tenants, and with regard to my own desire and sense of duty, to benefit Bartleby, and shield him from rude persecution, I now strove to be entirely care-free and quiescent; and my conscience justified me in the attempt; though, indeed, it was not so successful as I could have wished. So fearful was I of being again hunted out by the incensed landlord and his exasperated tenants, that, surrendering my business to Nippers, for a few days I drove about the upper part of the town and through the suburbs, in my rockaway; crossed over to Jersey City and Hoboken, and paid fugitive visits to

Manhattanville and Astoria. In fact, I almost lived in my rockaway for the time.

When again I entered my office, lo, a note from the landlord lay upon the desk. I opened it with trembling hands. It informed me that the writer had sent to the police, and had Bartleby removed to the Tombs as a vagrant. Moreover, since I knew more about him than any one else, he wished me to appear at that place, and make a suitable statement of the facts. These tidings had a conflicting effect upon me. At first I was indignant; but, at last, almost approved. The landlord's energetic, summary disposition, had led him to adopt a procedure which I do not think I would have decided upon myself; and yet, as a last resort, under such peculiar circumstances, it seemed the only plan.

As I afterwards learned, the poor scrivener, when told that he must be conducted to the Tombs, offered not the slightest obstacle, but, in his pale, unmoving way, silently acquiesced.

Some of the compassionate and curious bystanders joined the party; and headed by one of the constables arm in arm with Bartleby, the silent procession filed its way through all the noise, and heat, and joy of the roaring thoroughfares at noon.

The same day I received the note, I went to the Tombs, or, to speak more properly, the Halls of Justice. Seeking the right officer, I stated the purpose of my call, and was informed that the individual I described was, indeed, within. I then assured the functionary that Bartleby was a perfectly honest man, and greatly

to be compassionated, however unaccountably eccentric. I narrated all I knew and closed by suggesting the idea of letting him remain in as indulgent confinement as possible, till something less harsh might be done—though, indeed, I hardly knew what. At all events, if nothing else could be decided upon, the alms-house must receive him. I then begged to have an interview.

Being under no disgraceful charge, and quite serene and harmless in all his ways, they had permitted him freely to wander about the prison, and, especially, in the inclosed grass-platted yards thereof. And so I found him there, standing all alone in the quietest of the yards, his face towards a high wall, while all around, from the narrow slits of the jail windows, I thought I saw peering out upon him the eyes of murderers and thieves.

“Bartleby!”

“I know you,” he said, without looking round—“and I want nothing to say to you.”

“It was not I that brought you here, Bartleby,” said I, keenly pained at his implied suspicion. “And to you, this should not be so vile a place. Nothing reproachful attaches to you by being here. And see, it is not so sad a place as one might think. Look, there is the sky, and here is the grass.”

“I know where I am,” he replied, but would say nothing more, and so I left him.

As I entered the corridor again, a broad meat-like man, in an apron, accosted me, and, jerking his thumb over his shoulder, said—"Is that your friend?"

"Yes."

"Does he want to starve? If he does, let him live on the prison fare, that's all."

"Who are you?" asked I, not knowing what to make of such an unofficially speaking person in such a place.

"I am the grub-man. Such gentlemen as have friends here, hire me to provide them with something good to eat."

"Is this so?" said I, turning to the turnkey.

He said it was.

"Well, then," said I, slipping some silver into the grub-man's hands (for so they called him), "I want you to give particular attention to my friend there; let him have the best dinner you can get. And you must be as polite to him as possible."

"Introduce me, will you?" said the grub-man, looking at me with an expression which seem to say he was all impatience for an opportunity to give a specimen of his breeding.

Thinking it would prove of benefit to the scrivener, I acquiesced; and, asking the grub-man his name, went up with him to Bartleby.

"Bartleby, this is a friend; you will find him very useful to you."

"Your sarvant, sir, your sarvant," said the grub-man, making a low salutation behind his apron. "Hope you

find it pleasant here, sir; nice grounds—cool apartments—hope you'll stay with us some time—try to make it agreeable. What will you have for dinner to-day?"

"I prefer not to dine today," said Bartleby, turning away. "It would disagree with me; I am unused to dinners." So saying, he slowly moved to the other side of the inclosure, and took up a position fronting the dead-wall.

"How's this?" said the grub-man, addressing me with a stare of astonishment. "He's odd, ain't he?"

"I think he is a little deranged," said I, sadly.

"Deranged? deranged is it? Well, now, upon my word, I thought that friend of yours was a gentleman forger; they are always pale, and genteel-like, them forgers. I can't help pity 'em—can't help it, sir. Did you know Monroe Edwards?" he added, touchingly, and paused. Then, laying his hand piteously on my shoulder, sighed, "he died of consumption at Sing-Sing. So you weren't acquainted with Monroe?"

"No, I was never socially acquainted with any forgers. But I cannot stop longer. Look to my friend yonder. You will not lose by it. I will see you again."

Some few days after this, I again obtained admission to the Tombs, and went through the corridors in quest of Bartleby; but without finding him.

"I saw him coming from his cell not long ago," said a turnkey, "maybe he's gone to loiter in the yards."

So I went in that direction.

“Are you looking for the silent man?” said another turnkey, passing me. “Yonder he lies—sleeping in the yard there. ‘Tis not twenty minutes since I saw him lie down.”

The yard was entirely quiet. It was not accessible to the common prisoners. The surrounding walls, of amazing thickness, kept off all sounds behind them. The Egyptian character of the masonry weighed upon me with its gloom. But a soft imprisoned turf grew under foot. The heart of the eternal pyramids, it seemed, wherein, by some strange magic, through the clefts, grass-seed, dropped by birds, had sprung.

Strangely huddled at the base of the wall, his knees drawn up, and lying on his side, his head touching the cold stones, I saw the wasted Bartleby. But nothing stirred. I paused; then went close up to him; stooped over, and saw that his dim eyes were open; otherwise he seemed profoundly sleeping. Something prompted me to touch him. I felt his hand, when a tingling shiver ran up my arm and down my spine to my feet.

The round face of the grub-man peered upon me now. “His dinner is ready. Won’t he dine today, either? Or does he live without dining?”

“Lives without dining,” said I, and closed the eyes.

“Eh!—He’s asleep, ain’t he?”

“With kings and counselors,” murmured I.



There would seem little need for proceeding further in this history. Imagination will readily supply the meagre recital of poor Bartleby's interment. But, ere parting with the reader, let me say that if this little narrative has sufficiently interested him to awaken curiosity as to who Bartleby was, and what manner of life he led prior to the present narrator's making his acquaintance, I can only reply that in such curiosity I fully share, but am wholly unable to gratify it. Yet here I hardly know whether I should divulge one little item of rumor, which came to my ear a few months after the scrivener's decease. Upon what basis it rested, I could never ascertain; and hence, how true it is I cannot now tell. But, inasmuch as this vague report has not been without a certain suggestive interest to me, however sad, it may prove the same with some others; and so I will briefly mention it. The report was this: that Bartleby had been a subordinate clerk in the Dead Letter Office at Washington, from which he had been suddenly removed by a change in the administration. When I think over this rumor, hardly can I express the emotions which seize me. Dead letters! does it not sound like dead men? Conceive a man by nature and misfortune prone to a pallid hopelessness, can any business seem more fitted to heighten it than that of continually handling these dead letters, and assorting them for the flames? For by the cart-load they are annually burned. Sometimes from out the folded paper the pale clerk takes a ring—the finger it was meant for, perhaps, moulders in the

grave; a bank-note sent in swiftest charity—he whom it would relieve nor eats nor hungers any more; pardon for those who died despairing; hope for those who died unhoping; good tidings for those who died stifled by unrelieved calamities. On errands of life, these letters speed to death.

Ah, Bartleby! Ah, humanity!